

**CB
109**

Damien Noël

En tiempo de los reyes de Israel y de Judá



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra)
2002

E

ste *Cuaderno* es el segundo de una trilogía dedicada a la historia de Israel: tras el de *Los orígenes de Israel* (n. 99), que hace el balance de los conocimientos históricos sobre los períodos antiguos de Israel (los Patriarcas, el Éxodo y los Jueces), aquí tenemos la continuación de este recorrido histórico que abarca todo el período monárquico, desde Saúl y David hasta el Exilio (1030-587). Pronto verá la luz un último *Cuaderno* para presentar el final de la historia bíblica de Israel, desde el regreso del Exilio a la era cristiana.

Damien NOËL, presbítero de Val d'Oise, enseña historia de Israel en el Instituto Católico de París. Por tanto, lee los textos bíblicos como historiador: según los métodos históricos. Pero sus conocimientos exegéticos le permiten precisar los géneros literarios, comprender las claves del texto y, por tanto, preguntarse por su historicidad. No sólo coteja entre sí las diversas tradiciones bíblicas sobre los acontecimientos, pues no todas tienen el mismo valor histórico, sino que las compara con los documentos extrabíblicos: egipcios, asirios o babilónicos (casi todos citados en *Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, «Documentos en torno a la Biblia», n. 4). Así puede deducir las posiciones que parecen más verosímiles o plantear preguntas pertinentes sobre las que trabajan los investigadores actuales.

Después de este recorrido histórico, un artículo de Damien Noël expone las cuestiones sobre el método del historiador de la Biblia desde la perspectiva de la enseñanza de la teología. Este pequeño «discurso del método» permitirá a muchos lectores reflexionar sobre el sentido de toda la investigación histórica con relación a la exégesis y a la teología. Trata de la historicidad de toda la revelación bíblica y de su pertinencia para nuestra propia historia.

Philippe GRUSON

INTRODUCCIÓN

Para los arqueólogos y los historiadores, el año 1200 a.C. marca el final de la Edad del Bronce (más precisamente el final del Bronce Reciente II). El siguiente período, la Edad del Hierro (1200-900), es decisivo. Como escribe J. B. HUMBERT, «la eclosión del fenómeno político-religioso propiamente israelita debió de producirse hacia finales del siglo XII o quizás incluso a comienzos del XI»¹.

Los primeros reinados de los que habla la Biblia, los de Saúl y David, corresponden más o menos al cambio de milenio. Las fechas aproximadas son 1030-1010 para el reinado de Saúl, y 1010-970 para el de David. El período monárquico, que tiene su fin con la toma de Jerusalén en el 587, se extiende, por lo tanto, poco más o menos durante un período de cuatro siglos y medio.

Las fuentes de las que disponemos para este período son relativamente abundantes y variadas. Se encuentran esencialmente en la Biblia. Los libros de Samuel y de los Reyes, seguidos en parte por los

libros de las Crónicas, contienen el conjunto de los reinados de Israel y de Judá. Algunos datos históricos o cronológicos de los escritos de los Profetas aportan un complemento informativo nada desdeñable.

La historia de los reinos de Israel y de Judá se cruza necesariamente con la de sus vecinos y con la de los grandes imperios. Los relatos de campañas, los anales y las crónicas de los soberanos asirios o babilonios permiten excelentes comprobaciones de los datos bíblicos. Las listas de las ciudades sometidas y de vasallos tributarios mencionan bastante frecuentemente lugares y reyes israelitas o judaítas. Otras inscripciones, de carácter local, descubiertas en Palestina contribuyen a un mejor conocimiento de la administración (óstraca de Samaría), de grandes obras (inscripción de Siloé) y de algunos episodios militares (óstraca de Laquis).

Aunque numerosos datos aún siguen siendo oscuros (cronologías dudosas, datos esquemáticos o fragmentarios, géneros literarios que exigen prudencia en el juicio histórico), el período monárquico de Israel y de Judá aparece como uno de los mejor documentados de la historia bíblica.

1. «Tell Keisan entre mer et montagne», en *Archéologie, Art et Histoire de la Palestine* (Cerf, París 1988) 71.

Cronología de los reyes

Judá (Sur)

Roboán (933-916)
Abías (916-912)
Asá (912-870)

Josafat (870-848)

Jorán (848-841)
Ocozías (841)
Atalía (841-835)
Joás (835-796)

Amasías (796-781)

Ozías/Azarías (781-740)

Jotán (740-735)
Ajaz (735-728/716)

Ezequías (728/716-698)
Manasés (697-642)
Amón (642-640)
Josías (640-609)
Joacaz (609)
Joaquín (609-598)
Jeconías (598-597)
Sedecías (597-587)
(Conquista de Jerusalén: 587)

Israel (Norte)

Jeroboán I (933-911)

Nadab (911-910)
Basá (910-887)
Elá (887-886)

Zimrí (886)
Omrí (886-875)
Ajab (875-853)
Ocozías (853-852)
Jorán (852-841)
Jehú (841-814)

Joacaz (814-803)

Joás (803-787)
Jeroboán II (787-747)
Zacarías (747)
Salún (747-746)
Menajén (746-736)
Pecajías (736-735)
Pécaj (735-732)
Oseas (732-724)
(Conquista de Samaría: 722)

* Los reyes de Israel subrayados eliminaron a su predecesor y comenzaron una dinastía.

LOS PRIMEROS REYES: SAÚL, DAVID Y SALOMÓN

La época de Saúl, David y Salomón, en la que la Biblia sitúa los comienzos de la monarquía, es relativamente breve: alrededor de un siglo. Pero su importancia es tal que se le ha dedicado una gran cantidad de textos: los dos libros de Samuel y la mitad del primer libro de los Reyes (1 Re 1-11). Este período, cuya historia sigue siendo aún incierta en numerosos puntos, claramente ha dejado huellas.

La instauración del nuevo régimen que constituye la monarquía parece haber sido objeto, desde sus comienzos, de vivas controversias políticas, socio-económicas y religiosas. Además, la monarquía conoce difíciles comienzos: la derrota de Saúl, la complicada ascensión de David, las ambiciones y las sangrientas rivalidades de los diversos pretendientes a la sucesión de David. La complejidad e importancia de estos acontecimientos han interesado a las generaciones posteriores, que han producido varias relecturas de ellos a partir de antiguos elementos de géneros dispares y con datos divergentes.

La edición definitiva de los libros de Samuel y de los Reyes procede de una voluntad manifiesta: reconstruir una historia unificada, tal como podía ser concebida desde un punto de vista judaíta. Pero los orígenes de la monarquía conciernen a un pueblo cuya unidad jamás fue adquirida de manera duradera. En efecto, desde el final del reinado de Salomón, el Israel del Norte se

separa de Judá. Este acontecimiento, ocurrido muy pronto, deja su huella en las más antiguas tradiciones, así como en toda la evolución de los relatos. Bajo este fresco, tal como nos ha llegado, discernimos en realidad el surgimiento de dos reinos. Su propósito unitario no es más que la firma de aquel al que la historia ha concedido la última palabra: el reino de Judá.

Estos documentos oponen una cierta resistencia al historiador. Semejante literatura apenas se corresponde con las exigencias de una historiografía moderna. Sin embargo, ésta sitúa a la Biblia entre los primerísimos documentos de la humanidad que merecen el nombre de historia².

Pero la abundancia de textos dedicados a Saúl, David y Salomón no debe hacer perder de vista el profundo silencio que rodea a estos personajes fuera de la Biblia. Se ha señalado que la formación y existencia de un reino judaíta entre el 900 y el 800 (comienzos del Hierro II) se revela al menos como problemática, y algunos, como G. GARBINI³ y D. B. REDFORD⁴, dudan

2. P. GIBERT, *La Bible à la naissance de l'histoire* (Fayard 1979).

3. *History and ideology* (SCM Press, Londres 1988).

4. *Egypt, Canaan, and Israel in Ancient Times* (Princeton 1992).

seriamente de la historicidad de un reino unificado davidico-salomonico D W JAMIESON-DRAKE ha reunido los diferentes argumentos que se pueden oponer a la formación y el mantenimiento de un imperio davidico administrado desde Jerusalen Este autor sugiere que Juda no se convirtió en un Estado y Jerusalén en un centro administrativo importante más que en el siglo VIII, como muy pronto⁵

Sin embargo, el reciente descubrimiento de una pequeña estela de basalto en Tel Dan podría ofrecernos la mención mas antigua (hacia el 900-850) no bíblica de la «casa de David», expresión que aparece en la línea 9 de esta estela (primera publicación por A BIRAN y J. NAVEH⁶, y nuevo estudio y propuestas de E PUECH⁷) Algunos, entre ellos PUECH⁸, ya leían *bt dwd* (casa de David) en la línea 31 de la estela de Mesá (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 17), lectura dudosa de un texto corrompido en este lugar, que no era unánime Este nuevo testimonio antiguo y no bíblico de una «casa de David» debería llevar el escepticismo a sus mas justas proporciones

Que el establecimiento de un reino israelita en el siglo X no haya dejado indicios sobre el terreno no tiene

nada de sorprendente Que los acontecimientos de este período hayan sido ampliados e idealizados por la tradición no ofrece ninguna duda, y tendremos muchas ocasiones de verificarlo Por el contrario, los relatos bíblicos parecen haber conservado perfectamente el recuerdo de un establecimiento problemático de la monarquía en un país dividido, incluso desequilibrado, en los planos demográfico y economico La dualidad fundamental Israel-Judá deja su huella para siempre en la historiografía bíblica de este período Esto es un indicio precioso que no debe ser ignorado

Recordemos que, aunque el trabajo del historiador no es justificar la Biblia a cualquier precio, esta no debe ser eliminada sistemáticamente de la documentación. Sin duda, el trabajo crítico sobre las fuentes bíblicas es un arte muy delicado que sigue estando marcado por la subjetividad de su autor Pero un texto como el que estudiamos, que nos llega con sus noticias, sus contradicciones o sus intentos de ocultar asuntos escandalosos y sus propagandas, contiene en sí muchas manifestaciones de una memoria enfrentada con un pasado cuya realidad, tan difícilmente accesible como se quiera, no debería ser negada

SAÚL, un rey maldito

La extraordinariamente tormentosa historia literaria del libro de Samuel se explica esencialmente por la

5 «Scribes and School in Monarchic Juda A Socio-Archaeological Approach», *SWBA* 9 (Sheffield 1991)

6 «An Aramaic Stele Fragment from Tel Dan» *IEJ* 43 (1993) n 2-3, 81-98

7 «La stèle araméenne de Dan Bar Hadad II et la coalition des Omrides et de la maison de David» *RB* (1994/2) 215-241 Cf también *Le monde de la Bible* n 90 (1995) 38

8 *RB* (1994/2) 227

oposición Saul-David Por una parte, el libro trata de mantener a Saúl como primer rey de Israel, por otra, trata de evitar absolutamente que se convierta a David en un usurpador Paralelamente a esta cuestión primordial, los relatos sobre los comienzos de la monarquía tienen también que enfrentarse al problema norte-sur, el de la rivalidad de las familias sacerdotales (elidas y sadoquitas) y de los santuarios Considerado como fuente histórica, el primer libro de Samuel contiene elementos sobre las circunstancias del advenimiento de la monarquía en Israel que tenemos que considerar

LAS CIRCUNSTANCIAS DEL ESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUÍA

Dejando aparte la historia de Sansón, el primer encuentro significativo entre Israel y los filisteos es la batalla de Afec, al este de Tel-Aviv (1 Sm 4,1-11). Los israelitas son vencidos en dos ocasiones y los filisteos se apoderan del Arca, que había sido llevada desde Siló. El contexto legendario de la mención de estas derrotas no autoriza la sospecha del historiador. Por el contrario, son los reveses sufridos frente a los filisteos los que constituyen el cimiento de la leyenda del Arca.

La primera reacción israelita, según la Biblia, se debe a Samuel (1 Sm 7,3-14). El capítulo 7 parece haber sido compuesto sobre el modelo de las historias de los Jueces, cosa que una antigua tradición sobre Samuel podía autorizar (1 Sm 7,6.15-17; 8,2). La derrota de los filisteos en Bet-Kar es presentada como decisiva (v. 13), lo que contradice el resto de la historia, ya que los filisteos siguieron siendo amenazadores. No hay que descartar sistemáticamente la posibilidad de un desconcierto filisteo limitado y puramente local. Sin embargo, habremos de guardarnos de concluir demasiado rápidamente que la victoria hubiera sido debida a una tormenta, como el v. 10 podría sugerir. En efecto, los cambios meteorológicos providenciales constituyen un tema teológico que no hay que ignorar (cf. Jos 10,11).

La amenaza filistea parece proporcionar, por tanto, el marco histórico del cambio político que se produce con la aparición de la monarquía.

SAÚL, HIJO DE QUIS

La primera monarquía israelita, atestiguada en buena y debida forma por la Biblia, es la del benjaminita Saúl. Quis, padre de Saúl, es calificado de poderoso y rico. Se dice de Saúl que es joven, hermoso y buen

mozo. Es evidente que Saúl no era un cualquiera en Benjamín, pero no es este tipo de texto el que nos puede informar sobre las razones históricas de su llegada al poder.

Un dato histórico seguro, por el contrario, es la posición fuerte de Benjamín en la Cisjordania de la época. Hemos visto que en Jue 19-21 se dedica un largo relato a esta tribu y a sus violentas o amistosas relaciones con sus vecinos, establecidos al otro lado del Jordán.

LA INVESTIDURA DE SAÚL (1 Sm 9-11)

El conjunto de los relatos que narran la ascensión de Saúl al trono se revela complejo y desconcertante. Sólo para los capítulos 8-11 del primer libro de Samuel se pueden distinguir tres versiones, de entrada independientes la una de la otra. Cada una establece a su manera la legitimidad del nuevo rey.

El cuento de las asnas y la consagración de Saúl (1 Sm 9-10,16)

El argumento, de carácter legendario, apunta a presentar a Samuel y Saúl. Habiendo partido en busca de unas asnas extraviadas, Saúl espera encontrarlas consultando a un hombre de Dios. La consulta sobrepasa en mucho sus esperanzas, ya que es ungido secretamente «como jefe», no como rey, por Samuel (1 Sm 10,1). Esta versión establece la legitimidad de Saúl mediante una unción: se trata de una versión sacral.

La petición del pueblo y la asamblea de Mispá (1 Sm 8; 10,17-24)

Esta versión presenta un proceso público que desemboca en la designación y aclamación del nuevo rey.

Parece, por tanto, más política que la precedente. Sin embargo, los elementos sacrales no faltan, ya que Yahvé en persona conduce la consulta.

La victoria de Yabés y la consagración en Guilgal (1 Sm 11)

En el relato aparece un Saúl muy diferente al de las versiones precedentes. El campesino que vuelve de los campos detrás de sus bueyes se convierte en el jefe militar, el libertador, comparable en todos los extremos a un juez como Gedeón. La batalla de Yabés, que los especialistas consideran histórica (en razón de las relaciones de Yabés con Benjamín, Jue 21,8-14), da a la monarquía de Saúl una apoyatura en los acontecimientos. Esta versión establece la legitimidad de Saúl mediante los hechos: es el jefe que puede imponerse a sus adversarios y garantizar las fronteras de un territorio. Completa, por tanto, las dos precedentes, cuyo interés residía en el aspecto institucional, dejando en la imprecisión la realidad de la historia.

Otra diferencia significativa: Dios no designa a Saúl directamente, pero lo anima en su acción (1 Sm 11,6). No interviene para modificar maravillosamente el giro de los acontecimientos hacia un resultado favorable. Contrariamente a las dos primeras versiones, que establecen la legitimidad de Saúl «narrando una historia», ésta lo establece contando cómo Saúl «hace la historia». Finalmente, es el pueblo el que le proclama rey en Guilgal ante Yahvé, quien, por así decir, se encuentra situado ante los hechos como un simple testigo. Se comprende entonces que esta versión prescinda perfectamente de Samuel para hacer de Saúl un rey.

Pero hay que señalar que la historia de la batalla de Yabés (11,1-11) sólo está vinculada artificialmente con la monarquía de Saúl. Por esta razón, los comienzos de Saúl, tal como son mencionados en 1 Sm 9-11, siguen siendo cronológicamente inciertos. ¿Comenzó

por luchar contra los filisteos, como lo querría 9,16, o contra los amonitas, como lo afirma 11,1-11? En la medida en que la tradición de la batalla de Yabés parece más antigua que el cuento de las asnas, es posible considerar que el comienzo de las operaciones de Saúl se sitúa en Galaad. El recurso a los yabesitas se explica por la relación entre Benjamín y Yabés, mencionada en Jue 21,8-14 (de la cual se siguen sus huellas en 1 Sm 30,11-13; 2 Sm 2,4-7; 21,11-14), y no por los primeros éxitos conseguidos por Saúl a costa de los filisteos.

La secuenciación de los tres episodios se imponía para hacer de Saúl un rey auténtico, pues estas tres versiones son complementarias. La unción sola —que para Saúl no es ni siquiera real— no basta. La aclamación pública tampoco. El valor militar no califica más que a un libertador ocasional. Hacía falta, pues, reunir estos tres elementos y responder al mismo tiempo a esta espinosa pregunta: ¿quién otorga al rey su legitimidad? Esta respuesta necesitaba un amplio acercamiento para llegar a un compromiso entre las diferentes corrientes religiosas y políticas que animaban una sociedad, incluida la oposición, cuya voz se deja escuchar siempre en los relatos (1 Sm 8,10-18, relacionado con Jue 9,8-15).

LA GUERRA FILISTEA (1 Sm 13-14)

Los datos sobre el desarme de Israel sobreentendían a la vez el dominio filisteo de la industria del hierro y el control del territorio israelita (1 Sm 13,19-21). También podemos entenderlos como un efecto literario que hace más sorprendente la victoria de Micmás. Si nos fijamos de los datos topográficos, los filisteos parecen controlar el corazón mismo de Benjamín. Para el resto, los efectos narrativos hacen difícil la evaluación del rigor de este control y, como consecuencia, del verdade-

ro alcance de la batalla de Micmás. Pues el relato de esta batalla se presenta como la celebración de una victoria de Yahvé sobre los filisteos. No se puede deducir nada significativo en cuanto a la estrategia desplegada por Jonatán y Saúl para obtener esta victoria.

LA GUERRA AMALECITA (1 Sm 15)

Este capítulo (al que hay que poner en relación con 1 Sm 28,3-25) interesa al historiador por dos razones: en primer lugar, porque la verosimilitud de una batalla de Saúl tan lejos en el sur debe ponerse en duda; en segundo lugar, porque el examen del texto de 1 Sm 15 puede desaconsejar que se utilice este capítulo como una fuente que narra un acontecimiento real.

Este complejo capítulo termina con el rechazo definitivo de Saúl (v. 35), motivado, una vez más, por la violación de una prohibición que se incorpora a un relato de batalla. Está situado después de la noticia conclusiva del reino, lo que indica que, a partir de 1 Sm 15, Saúl ya no puede ser considerado como rey de Israel. El espacio está así dispuesto para no hacer de David, cuya unción es narrada inmediatamente después (1 Sm 16,1-13), un usurpador.

Aunque se observa que los datos topográficos de 1 Sm 15,4-7 se encuentran en la historia de David (1 Sm 27,8) y que la campaña de Saúl es, de entrada, panisraelita y está situada bajo el decreto del anatema, esta batalla parece carecer de apoyos históricos. Por tanto, no hay que descartar la hipótesis de un relato ficticio compuesto a partir del motivo de la violación de la prohibición, en referencia a los textos del Pentateuco y a los datos topográficos de 1 Sm 27,8.

La presencia amalecita está atestiguada en la época por 1 Sm 27,8; 30; 2 Sm 1,8.13, aunque no sepamos exactamente en qué consiste. El carácter ficticio de la

eliminación radical no impide, de suyo, la realidad de un combate de Saúl contra Amalec. Esto no significa que, para el historiador, 1 Sm 15 siga gravado con una doble hipoteca: la primera descansa sobre la verosimilitud estratégica de la operación; la segunda, sobre la composición, enormemente elaborada y escriturariamente nutrida, de este capítulo clave.

LA MUERTE DE SAÚL (1 Sm 31-2 Sm 1)

La documentación bíblica sobre el final de Saúl no es de una gran claridad. Los hijos de Saúl caen los primeros (1 Sm 31,2), y Saúl, gravemente herido, se suicida en compañía del escudero al que había pedido la muerte (vv. 3-5). Los filisteos le cortan la cabeza al día siguiente y exponen su cuerpo en la muralla de Bet-sán. Los yabesitas van a recuperar los cuerpos, los incineran y se llevan los restos para inhumarlos en Yabés (vv. 8-13). La continuación hay que buscarla en 2 Sm 2,4b-7 (mensaje de David a los yabesitas) y 2 Sm 21,12-14 (repatriación por David de los restos de Saúl a Benjamín).

En 2 Sm 1,1-16 estamos sin duda ante una reescritura tardía dirigida contra Saúl, que explota el episodio del escudero (1 Sm 31,4-5). Aparecen varias divergencias en esta segunda versión: contrariamente a 1 Sm 31,4, es el escudero quien da muerte a Saúl, y contrariamente a 1 Sm 31,5, el escudero no se suicida. Además, el superviviente interrogado por David se dice amalecita, lo que vincula literariamente esta relectura a 1 Sm 15 y 28.

La elegía (2 Sm 1,17-27), cuya composición se atribuye a David, idealiza el final de Saúl y de Jonatán. Se trata de una pieza épica que proviene de una fuente antigua, el *Libro del justo* (cf. Jos 10,13), sin duda originaria del reino de Israel.

Las circunstancias del empuje filisteo en la región de Jezrael se nos escapan completamente. Los datos bíblicos muestran que los filisteos, instalados en la llanura costera, a veces están activos en el interior, ya que se les encuentra en Afec, al norte de su territorio (1 Sm 4,1), en Micmás, en el territorio de Benjamín (1 Sm 13-14), y aquí, al sur de la llanura de Jezrael, a la entrada del valle del Jordán. Pero ¿se trata de una voluntad de expansión filistea o de una estrategia defensiva contra el expansionismo israelita? Evidentemente, este tipo de problema histórico no es tenido en cuenta por la Biblia, cuyo interés está en otro lugar. Las lagunas de la documentación sólo permiten una reconstrucción absolutamente fragmentaria del mapa geográfico de la época.

EL REINO DE SAÚL

El territorio

El territorio controlado por Saúl, transmitido a su hijo Isbóset (2 Sm 2,8-9), comprende Galaad, Asur (¿Aser, al oeste del lago de Galilea, o más bien Guesur, al este?), Jezrael, Efraín y Benjamín. Hay que señalar que este territorio está asentado en Transjordania y Palestina central, y limitado, hacia el norte, por la parte meridional del valle de Jezrael. Se trata de un reino establecido en una y otra parte del Jordán, no superando, al oeste, el eje de la montaña, donde comienza la presencia filistea. Los apoyos más importantes se encuentran en la zona de Efraín, Benjamín y Galaad.

La información de 1 Sm 14,47-52 permite localizar los dos frentes principales que ocupa el reino de Saúl. Al este, Moab, Amón y Sobá fueron combatidos para defender Galaad y el «protectorado» de Guesur. Al oeste, el peligro viene de los filisteos, los cuales tienen que defenderse también contra el crecimiento de esta nue-

va entidad política que constituye desde ahora el Israel de Saúl. Las lagunas de la documentación permiten percibir, sin embargo, los grandes rasgos de este esbozo de reino cuya realidad es incuestionable.

La organización

La empresa es esencialmente familiar. Cerca de Saúl combaten su hijo Jonatán y su tío Abner, designado como jefe del ejército (1 Sm 14,50; 26,5; 2 Sm 2,8). Tanto el marco (siervos, 1 Sm 18,5,22.30; 22,6) como los soldados (1 Sm 18,5) también son mencionados frecuentemente. Doeg, el edomita, es llamado «jefe de los guardias» (lit. «pastores», 1 Sm 21,8), título que no aparece más que aquí en la Biblia, pero que es conocido en otros lugares. Se deduce de ello que Saúl ha establecido un ejército profesional permanente.

El soporte financiero de una empresa semejante queda algo en la sombra. 1 Sm 10,27 da a entender que los opositores de Saúl se niegan a contribuir. Los asesinos de Isbóset, el hijo de Saúl establecido como su sucesor por Abner, son llamados «jefes de banda» al servicio de Isbóset (2 Sm 4,2). Por tanto, la financiación parece provenir esencialmente de lo que sacaban a las personas que protegían y del pillaje. Las indicaciones a este respecto son dispersas, pero constantes, en los relatos de los comienzos de la monarquía (cf. David, 1 Sm 25; Absalón, 2 Sm 15,2-6). El sistema mencionado por 1 Sm 8,10-18 es evidentemente más tardío. La redistribución de tierras a los fieles que sostienen el régimen y las promociones son mencionadas en 1 Sm 22,7. Es posible que Saúl haya gravado con impuestos a las poblaciones cananeas, como Beerot (2 Sm 4,2-3) y Gabaón (2 Sm 21,1-2).

Visión de conjunto

Aunque el conjunto del ciclo de Saúl deja una impresión negativa, la razón de esto hay que buscarla

principalmente en el lugar conseguido por David. Sin embargo, la desgracia de Saúl no es completa en la tradición. Después de su muerte en el monte Gelboé, su elogio fúnebre está puesto en labios de David (2 Sm 1,17-27) y sus restos son repatriados por las gentes de Yabés, quienes no le olvidaron (1 Sm 31,11-13). En una cierta época, pues, y en algunos medios, el reinado de Saúl no era sistemáticamente desacreditado. Para convencerse de ello basta con leer la información extraordinariamente positiva que 1 Sm 14,47-52 le

dedica. Así pues, al historiador le correspondería emprender una cierta rehabilitación de Saúl.

De hecho, la monarquía de Saúl, a pesar de su fracaso, aparece como la mejor ocasión que Israel podía encontrar para hacerse un lugar en la historia del momento. Ello implicaba, sin duda, un cambio de sociedad, y el modelo cananeo podía suscitar resistencias. Pero fueran cuales fueran los debates y las oposiciones que provocó, esta monarquía fue auténticamente israelita y menos ambigua que la de David.

DAVID, un rey que viene del sur

Las fuentes bíblicas relativas a los hechos y las gestas de David se extienden desde 1 Sm 16 a 1 Re 2. Constituyen un conjunto muy complejo que ha dado lugar a una intensa investigación desde hace más de un siglo, con una clara aceleración en el decenio 1970-1980.

Tal como se presenta en su forma definitiva, la historia de David se organiza en torno a la sustitución de Saúl por David (1 Sm 16-2 Sm 8) y a la sucesión de David por Salomón (2 Sm 9-20 + 1 Re 1-2). Dos respuestas a un único problema que no encuentra solución definitiva más que en el último versículo de la historia, en 1 Re 2,46.

El interés del texto por las preguntas sobre la legitimidad es tal que buen número de datos que serían del más alto interés para el historiador aparecen como accesorios o faltan claramente. En efecto, la inestabilidad inicial del poder alimenta un texto detallado y desmesurado con relación a las realizaciones efectivas del reino, que no ocupan más que algunas informaciones o breves relatos. ¿Cómo pudo encontrar David el tiempo y

los recursos necesarios para poner las bases institucionales y territoriales de un reino, si pasó su existencia tramando y desentramando intrigas, aplastando revueltas y sediciones? A esta pregunta la Biblia no responde, porque el *zoom* que adopta para trazar el retrato de David limita singularmente, en este sentido, la profundidad de campo.

LA ASCENSIÓN DE DAVID (1 Sm 16-2 Sm 8)

Las tradiciones sobre los comienzos de David comprenden dos conjuntos que describen dos períodos distintos: David en la corte de Saúl (1 Sm 16-20) y David el fugitivo (1 Sm 21-23; 27; 29-30; 2 Sm 1-2,8; 5).

David, en la corte de Saúl (1 Sm 16-20)

Su entrada está fuertemente marcada por rasgos folclóricos y legendarios. El combate singular contra Goliat podría ser el desarrollo de una tradición narra-

da de forma mucho más prosaica en 2 Sm 21,19, que atribuye la muerte de Goliat a Eljanán. El trasfondo de los relatos es el de las guerras filisteas de Saúl, y el reclutamiento israelita parece implicar a las poblaciones del sur.

El matrimonio de David con una hija de Saúl es igualmente complicado. Un primer proyecto, con Merob, fracasa (1 Sm 18,17-19). La tradición del matrimonio con Micol, hija de Saúl (18,20-27), ha sido mantenida medianamente con algunos rasgos hostiles a Saúl. El tema del héroe que se casa con la hija del rey es, sin duda, folklórico. Pero la realidad de un vínculo matrimonial entre David y la casa de Saúl, mencionado aún en 2 Sm 3,13-16; 6,16.20-23, parece difícilmente cuestionable, pues este primer matrimonio plantea la cuestión del eventual heredero. Ésta será solventada al final del episodio de la danza ante el arca (2 Sm 6,23).

Incluso concediendo una fecha antigua a las tradiciones que alimentan el relato, se debe constatar la disparidad. Para el historiador, esta constatación significa que los hechos históricos siguen siendo en una gran parte desconocidos por los primeros narradores, que no disponen esencialmente más que de tradiciones populares.

Se puede mantener que David, hijo de Jesé, es originario de Belén, del clan de Efrata (1 Sm 17,12), cuyo nombre sugiere una emigración de efraimitas hacia el sur. ¿Hay que entender quizás que David se alistó en el ejército de Saúl? La fulgurante carrera emprendida por David junto a Saúl podría explicarse por los objetivos de Saúl sobre la región del sur. Porque es originario de ella y porque conoce bien el terreno, David podría constituir un destacado agente al servicio de la ampliación del nuevo reino en esta dirección. Podemos pensar incluso, aunque los textos tratan de convencernos de lo contrario, que los celos y el odio que Saúl manifestará después hayan sido motivados por la ambición de David.

David el fugitivo

(1 Sm 21-23; 27; 29-30; 2 Sm 1-2,7; 5)

La segunda parte de los comienzos de David es de una factura totalmente distinta que la precedente. En efecto, en ella se puede discernir una fuente antigua que varios exégetas hacen que se remonte a un contemporáneo de los acontecimientos: el sacerdote Abiatar, superviviente de la masacre de la familia sacerdotal de Nob, convertido en compañero de David después de esta tragedia. La historia de David adquiere entonces un giro más preciso. David aparece en ella como un «resistente» perseguido por Saúl. Desde que éste abandona la persecución para hacer frente en otro lugar a un ataque filisteo, David se aprovecha de ello para consolidar sus posiciones. A este respecto, el episodio de Nabal y Abigail (1 Sm 25,1-42) es interesante porque describe a David y su banda como los «protectores» de los campesinos-ganaderos del sur (vv. 7.15.16.21).

El paso de David a los filisteos es seguramente el episodio más turbio de este período (1 Sm 27,1-28,2). El historiador dispone aquí de un elemento precioso, ya que no se inventa una información de este tipo. La noticia cronológica de 1 Sm 27,7, que fija la estancia de David en el país de los filisteos en un año y cuatro meses, parece verosímil y no es contradicha por la de 1 Sm 29,3: «un año o dos». El texto es perfectamente consciente de la ambigüedad de la situación (v. 12), pero la solución del problema es más sabrosa (1 Sm 28,1-2).

Podemos comprender que David, perseguido por Saúl, se vio obligado a buscar refugio junto a los filisteos. El texto insiste en ello para mostrarnos que no se trata de un paso al enemigo y que David, por el contrario, supo aprovecharse de la cobertura filisteo para comenzar el esbozo de su propio reino en el sur. Para esto se beneficia de algunas complicidades (su esposa Micol, su amigo Jonatán) y de algunos apoyos (el profeta Gad, el sacerdote Abiatar).

David, rey de Judá

Desde la muerte de Saúl, David es considerado el rey de Israel. El primer acto de su gobierno concierne a la memoria de Saúl (2 Sm 1). Se observa, una vez más, la preocupación por señalar la continuidad entre los dos primeros reyes. 2 Sm 2,1-4a narra sobriamente la primera unción real de David en Hebrón. Cronológicamente, esta unción hebronita y estrictamente judaíta de David no está situada en su lugar. Cuadraría mejor como la conclusión del periodo descrito en 1 Sm 25-30. Pero la lógica del relato prohíbe cualquier unción pública de David antes de la muerte de Saúl. David no es un usurpador.

Así pues, David comienza por hacerse reconocer rey de Judá, en el sur del país. ¿Cómo va a conseguir imponerse al norte? Primeramente le vemos buscar apoyos en Galaad, entre los habitantes de Yabés, a los que Saúl había librado de la amenza amonita (1 Sm 11). Les dirige un mensaje de felicitaciones por las honras fúnebres que han rendido a Saúl, aliento y mano tendida después de los acontecimientos (2 Sm 2,4b-7). Podemos deducir de ello que Galaad está siempre amenazado y que David podría desempeñar allí una función de salvador igual que Saúl. Pues David se presenta como sucesor preocupado por cumplir con las obligaciones dejadas por Saúl. Pero la sucesión de los acontecimientos muestra que sobre todo trata de ganar por la mano a un rival. Pues Abner, el hombre fuerte del régimen de Saul, establece como rey en Galaad precisamente a Isbóset, un hijo de Saúl (2 Sm 2,9). Así pues, el enfrentamiento parece inevitable.

David, rey de Israel (2 Sm 2,8-5,5)

Este relato constituye la sección final de la ascensión de David hacia la realeza sobre todo Israel. Aborda la fase más delicada de la sustitución de Saúl por David. Después de la muerte de Saúl, el reino de Israel está lejos de haber sido desmembrado por los filisteos, ya que

se extiende todavía, de este a oeste, de Galaad a Aser, pasando por Jezrael, y hacia el sur, de Efraín a Benjamín.

El texto se va a aplicar en demostrar que la eliminación de Abner y de Isbóset, dos asesinatos que ponen fin a la casa de Saúl, no es ejecutada por David. En cuanto a Abner, el asunto está ordenado por la venganza de Joab. Por lo que se refiere a Isbóset, por los mismos benjaminitas. Esta versión, totalmente favorable a David, sin embargo es contradictoria por otra, de la cual no quedan más que restos en 2 Sm 21,1-14, texto que parece querer ocultar la realidad de la eliminación de los hijos de Saúl por David. Sean cuales fueren estos acontecimientos, mantenidos intencionadamente en penumbra, David quiere ser consagrado rey de Israel en su ciudad de Hebrón (2 Sm 5,1-3). Rápidamente comprenderá la imposibilidad de gobernar el país a partir de una capital situada demasiado al sur y tratará de establecerse más al norte, en una ciudad de su elección. Jerusalén.

David, en Jerusalén (2 Sm 5,6-12)

Jerusalén presenta un evidente interés político para el nuevo rey. Situada sobre un espolón, aprovisionada por dos fuentes, el lugar es estratégicamente interesante. Su posición es menos meridional que la de Hebrón y su conquista hace de ella una posesión personal («ciudad de David», vv. 7-9). Todas estas ventajas no están exentas de algunos inconvenientes. Sin pasado israelita, Jerusalén no tiene ninguna legitimidad que hacer valer. El relato del Arca es el intento más antiguo para encontrarle una (2 Sm 6).

La ciudad es muy antigua, ya conocida bajo el nombre de Urusalim desde 1900-1800 en los textos de execración egipcios y, más tarde, entre 1400-1300, por las cartas de El-Amarna⁹. En la época de David esta

⁹ Cf *Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, textos nn 2 y 7, y CB 99, p 11

habitada por los jebuseos, mencionados en 2 Sm 5,6,8 (cf. Gn 15,21; Jos 15,8,63; 18,16; Jue 19,11).

El relato de la conquista está en peor estado. Los jebuseos parecen considerar ya a Jerusalén como inviolable, al menos si las alusiones a los ciegos y a los cojos hay que tomarlas en este sentido (vv. 6,7). La ciudad parece haber sido tomada por sorpresa, quizá por un canal (v. 8), pero el texto contiene lagunas. Nada se dice de una masacre de sus habitantes, y 2 Sm 24,18-25 da cuenta de un tratado territorial de David con el jebuseo Arauná.

Los datos resumidos en 2 Sm 5,6-12 parecen reagrupar las iniciativas que se van escalonando durante el reinado. La toma de la ciudad y su fortificación se entienden muy bien al comienzo de la monarquía de David, donde se impone la necesidad de una base más septentrional. Las construcciones mencionadas en el v. 11, que necesitan de tratados con Jirán, rey de Tiro, estarían mejor situadas bajo Salomón (1 Re 5,15-32; 7,13-14).

El traslado del Arca (2 Sm 6)

Dejando de lado los versículos donde son nombrados David y Jerusalén, se obtiene un texto coherente: vv. 3-4,6-7,11, que se asemeja mucho al de 1 Sm 5-6 por su mención de los beneficios o desgracias que el Arca dispensa a sus poseedores. Es posible también que el episodio de Micol (vv. 16,20-23) sea una adición que relaciona el conjunto con la historia de David. Esto no impide que la preocupación por legitimar a David y su nueva capital, Jerusalén, constituya su motivo principal.

El oráculo de Natán (2 Sm 7)

Esta profecía se sitúa después de la unción de David como rey de Israel (2 Sm 5,3), la toma de Jerusalén (2 Sm 5,6-12), las victorias sobre los filisteos (2 Sm 5,17-25) y el traslado del Arca a Jerusalén

(2 Sm 6). En este estadio de los relatos, el reinado de David está bien establecido; hay que considerar lo que viene a continuación.

En este oráculo se puede reconocer un antiguo nivel literario de época salomónica, en razón del papel desempeñado por Natán en la sucesión de David (1 Re 1,11-14.22-27.32-40.45). La promesa dinástica constituye su núcleo. Este antiguo oráculo habría sido completamente reescrito antes del Exilio (siglos VIII-VII) para insistir en el aspecto dinástico de la monarquía y en el templo, cuyo mantenimiento, conforme a los usos del Antiguo Oriente, corresponde al rey. Un nivel literario más reciente integra la monarquía en el conjunto de la historia de Israel.

En los estadios más antiguos aparecen los temas característicos de la ideología monárquica que Israel recibió del exterior: la elección y el mantenimiento de una dinastía (vv. 11-12,16), la adopción divina (v. 14) y la edificación de un templo (v. 13). El recuerdo del rechazo de Saúl supone también una relectura (v. 15). La sanción prevista contra el sucesor en caso de infidelidad no altera para nada el carácter incondicional de la promesa (v. 14).

Importantes desarrollos han ampliado la promesa, estrictamente dinástica al principio, a todo el pueblo, integrándola en la historia de Israel. Se encuentran en la primera parte del oráculo (vv. 6-7) y en las modificaciones de la segunda parte (vv. 10-11a). Su punto de conexión hay que buscarlo en la sistematización de la historia en dos períodos: el que va desde el Éxodo a los Jueces, y el que comienza con David. El primer período es presentado como el del vagabundeo y la opresión (vv. 6-7,10-11); el segundo, como el de la estabilidad y la seguridad (vv. 10-11). Estos complementos, que subrayan con convicción la función benéfica de la monarquía en la historia de Israel, datan lo más pronto de finales de la época monárquica en el siglo VII y pueden ser incluso más recientes.

LA SUCESIÓN DE DAVID (2 Sm 9-20 + 1 Re 1-2)

Este largo relato, que no es de una sola pieza, entrecruza cuatro temas principales:

1. La normalización de las relaciones de David con la casa de Saúl (2 Sm 9; 16,1-14; 19,17-41a; 1 Re 2,36-46).
2. La guerra amonita y aramea, el nacimiento de Salomón (2 Sm 10-12).
3. La revuelta (2 Sm 13-20) con el asunto de Amnón y Tamar (13-14), que sirve de introducción; la revuelta de Absalón (15-19) y la revuelta de Sibá (20).
4. La eliminación de Adonías y el establecimiento del nuevo régimen por Salomón (1 Re 1-2).

En resumen, el relato trata de las dos razones principales de inestabilidad del nuevo régimen:

– la competencia exterior, la de los *benjaminitas*, cuyas pretensiones o proyectos separatistas (Sibá) constituyen un peligro constante, hasta la eliminación de Semey por Salomón (1 Re 2,36-46). Aquí David se enfrenta a la imposible unidad del pueblo;

– la rivalidad interna en la familia: *cuatro hijos* de David, Amnón, Absalón, Adonías y Salomón, nacidos de cuatro madres diferentes (originarias ellas mismas de regiones diferentes), son candidatos al trono. Eventualmente son apoyados por hombres fuertes, cuyos intereses políticos divergen. Esta rivalidad puede desarrollarse de dos maneras: un hijo contra el padre (Absalón-David) o un hermano contra otro (Adonías-Salomón). Aquí, David se enfrenta al futuro de su propia casa.

Fuera de estas intrigas, el interés del relato por la «gran historia» es extraordinariamente reducido. De aquí y allá no se sacan más que algunos datos fragmentarios sobre las realidades políticas del momento. Algunos escasos datos cronológicos salpican el relato: tres años para la fuga de Absalón a Guesur (2 Sm 13,38);

«al final de cuatro años», comienzo de la revuelta de Absalón (2 Sm 15,7); «al final de tres años», fuga de los siervos de Semey con Aquis de Gat (1 Re 2,39). Por muy rica que sea, narrativamente hablando, esta segunda parte de la historia bíblica de David no satisfará la curiosidad del historiador.

Las relaciones con la casa de Saúl (2 Sm 9; 16,1-14; 19,17-41a; 1 Re 2,36-46)

Todos estos textos tratan aparentemente de la neutralización del peligro benjaminita por David y Salomón. Pero lo hacen de una manera que deja perplejo al historiador. No se trata verdaderamente de la solución de un problema, sino de escenas recurrentes que recuerdan que esta amenaza benjaminita planea constantemente. Con Mefibóset y Sibá se trata aparentemente de una normalización. Con Semey se trata de una neutralización que comienza con una normalización: su absolución (2 Sm 19,24). Después David cuestiona su promesa (1 Re 2,9), y Salomón hace ejecutar a Semey (1 Re 2,46).

La ejecución de Semey por Salomón está preparada por el testamento de David. El motivo que se esgrime contra él es una ruptura del pacto: Semey ha violado su asignación de residencia (1 Re 2,37.42-43), pero es tácitamente sospechoso de estar de acuerdo con el enemigo filisteo, como lo sugiere 1 Re 2,39. Semey aparece, por tanto, como un personaje importante, extremadamente peligroso, porque, a diferencia de Sibá (2 Sm 20), es «de la familia de Saúl» (2 Sm 16,5), a pesar de que este vínculo no se precise más.

La guerra amonita y aramea (2 Sm 10-12)

Según el relato, la guerra amonita es consecuencia de un incidente diplomático con Janún, hijo de Najás,

enemigo de Saúl (1 Sm 11). Aquí también faltan los detalles para comprender la configuración política exacta de la región. Los amonitas reaccionan de manera hostil a la iniciativa de David y cuentan con la ayuda aramea. Los judaítas atacan simultáneamente en los dos frentes, golpean a los arameos y obligan a los amonitas a retirarse a Rabá. Ésta es tomada finalmente y los amonitas son reducidos a trabajos forzosos.

Betsabé aparece en este contexto, así como su hijo Salomón. El relato, que insiste tanto en las circunstancias delictivas de este nacimiento, podría sugerir que Salomón es un bastardo.

El asunto de Amnón y Tamar

(2 Sm 13-14)

Introduce a la revuelta propiamente dicha de Absalón (2 Sm 15-20). La intención principal del texto es presentar a Absalón como un usurpador (13,27: «Un banquete real»). Cosa extraña: algunas precisiones cronológicas salpican el relato: dos años separan la violación de Tamar del asesinato de Amnón (13,23), Absalón sigue refugiado tres años en Guesur (13,38b) y debe esperar dos años en Jerusalén antes de obtener el perdón de David (14,28). Por tanto, los preliminares de la revuelta se extienden durante ocho años. Si relacionamos estos datos con los que conciernen a los nacimientos de los protagonistas (2 Sm 3,2-5) y la cronología del reinado (2 Sm 5,4-5), se debe poder situar el asunto Amnón-Tamar hacia el año decimoquinto del reinado de David en Jerusalén. Por tanto, la revuelta de Absalón pudo estallar hacia el vigésimo tercer año, o sea, diez años antes de la muerte de David.

La revuelta de Absalón (2 Sm 15-19)

Es el acontecimiento político más trágico del reinado de David. El tercer hijo de David, Absalón, nacido

de Maacá, hija de Tolmai, rey de Guesur (2 Sm 3,3), tiene ambiciones grandiosas. La demagogia de Absalón apunta a la adhesión de todo Israel (15,6). La usurpación se produce en la misma Hebrón, la primera capital de David (15,10-12). Uno de sus consejeros, Ajitófel, se pasa a la conjura (15,12). El rey debe huir hacia el noreste, donde se encuentran sus únicos posibles apoyos, en Galaad y en Majanaín (17,24).

La lista de las personalidades transjordanas vinculadas a David (17,27) supone que la situación ha cambiado mucho desde la guerra amonita. La revuelta es finalmente dominada y Absalón asesinado (18,15).

La poca solicitud manifestada por los judaítas al ver a David volver a Jerusalén (18,12) da a entender que la conjura gozaba de fuertes apoyos en Judá. El cariz conflictivo que adquiere el regreso del rey (19,41b-44) augura una mala continuidad al régimen. Según parece, no es a los judaítas a los que David debe el haber salvado su trono, sino a ciertos elementos israelitas y extranjeros, lo que el texto, a pesar de su tendencia projudaíta, deja adivinar perfectamente. La política tolerante de David respecto a los benjaminitas, Mefibóset, Sibá y, sobre todo, Semey, considerado como una debilidad por los hombres fuertes de su entorno, especialmente Abisay (16,9; 19,22), se revela rentable, como quieren sugerir las palabras puestas en boca del rey en 19,23.

La revuelta de Sibá (2 Sm 20)

Es un benjaminita, pero no está ligado a Saúl por la sangre. Joab debe perseguir a Sibá muy lejos hacia el norte, hasta Abel-Bet-Maacá (20,14), ciudad a la que dirige un ultimátum. Finalmente, los judaítas no tienen que intervenir: la propia ciudad de Abel-Bet-Maacá elimina al sedicioso (20,22).

***El advenimiento de Salomón* (1 Re 1-2)**

Estos dos importantes capítulos señalan el término de la historia comenzada en 1 Sm 16. Este último episodio se descompone en dos tiempos: la investidura de Salomón (1 Re 1) y el establecimiento de los nuevos hombres fuertes (1 Re 2).

Adonías, cuarto hijo de David, nacido en Hebrón (2 Sm 3,4), tiene serios partidarios, Joab y Abiatar (1,7), pero la mayoría de los altos personajes, Sadoc, Benaías, Natán e incluso el condenado a muerte Semey, quedan ajenos a su causa (1,8). El texto presenta la designación de Salomón por David como el fruto de una intriga conducida por Natán y Betsabé, que fuerzan la mano del viejo rey (1,11-37). Después de una ceremonia más que confidencial (1,38-40) —«todo el pueblo» (2,39.40) debe ser tomado aquí como una hipérbolo—, Salomón arregla sus cuentas: sus rivales Adonías y Joab son ejecutados; el sacerdote Abiatar, destituido y reemplazado por Sadoc, y Semey, como ya hemos visto, es eliminado a su vez.

COMPLEMENTOS A LA HISTORIA DE DAVID (2 Sm 8; 21-24)

Cierto número de textos, que no recogen los relatos precedentes, están artificialmente colocados en la historia de David: 2 Sm 8 y 21-24.

Las victorias, los altos funcionarios (2 Sm 8)

En 2 Sm 8 se distinguen dos partes: la información militar sobre las victorias de David (vv. 1-14) y la lista de los altos funcionarios (vv. 15-18).

Las victorias de David (2 Sm 8,1-14) sobre Filistea, Moab, Aram y Edom podrían indicar una geografía simbólica, los cuatro adversarios vencidos que designan el

oeste, el este, el norte y el sur. En efecto, estamos relativamente bien documentados sobre las guerras arameas (2 Sm 10) y amonita (2 Sm 10-12), un poco menos sobre las guerras filisteas (2 Sm 21,15-22), y nada en absoluto sobre las guerras moabitas o edomitas de David. Las únicas fuentes relativas a las relaciones de David con Moab dan a entender que son buenas (1 Sm 22,3-4; sobre las relaciones moabitas de David, cf. el libro de Rut). Este capítulo menciona, por tanto, otros acontecimientos que no son relatados en ninguna otra parte.

La información sobre los altos funcionarios (2 Sm 8,15-18) pertenece a un género atestiguado en 1 Sm 14,49-51; 2 Sm 3,2-5; 5,13-16 (hijos de David); 20,23-26; 23,21-39 (los Treinta); 1 Re 4,1-6. Comparada con la lista de 2 Sm 8,16-18, la de 2 Sm 20,23-26 parece mejor estructurada, presentándola en orden: los militares, los funcionarios y el clero.

Listas, informaciones, relatos y poemas (2 Sm 21-24)

Forman un conjunto bien organizado a partir de tradiciones inconexas que se presentan bajo la forma de relatos, de informaciones poco elaboradas y de piezas poéticas.

Los herederos de Saúl (2 Sm 21,1-14): este relato ya ha sido discutido a propósito de la eliminación de los descendientes de Saúl (cf. p. 15). David pone término al asunto al repatriar los restos de Saúl y de Jonatán a su tierra natal.

Cuatro informaciones sobre los fabulosos adversarios muertos durante las guerras filisteas (2 Sm 21, 15-17.18.19.20-22). Es en 21,19 donde se encuentra a Goliat (muerto por Eljanán de Belén), para hacer de él la víctima de David en 1 Sm 17.

La lista de los valientes de David (2 Sm 23,8-39). Aquí se destaca la ausencia de Joab (únicamente citada en las relaciones de parentesco o de subordinación,

en los vv. 18.24.37). Esta ausencia hay que entenderla como una consecuencia de la purga salomónica.

La lista de los Treinta (2 Sm 23,24-39) comprende en realidad 31 nombres, aunque el total indicado en el v. 39 sea de 37. Casi todos los topónimos son judaítas, lo que garantiza la antigüedad y la autenticidad de este documento. La influencia egipcia es quizás más sensible en esta institución, ya que se conoce un cuerpo de Treinta en torno a Ramsés II.

Extranjeros notables en el reino

Se ha subrayado el fuerte sincretismo que caracteriza al cuerpo de los oficiales del reino. Saúl ya contaba con *Doeg, el edomita* (1 Sm 21,8; 22,9), y con dos jefes de banda de Beerot, probablemente heveos (2 Sm 4,2). Bajo David conocemos a *Ajimélek*, el hitita (1 Sm 26,6), *Uriás*, el hitita (2 Sm 11,3, etc.), *Najaray* de Beerot, un heveo (2 Sm 23,37), *Yigal*, un arameo de Sobá (2 Sm 23,36), *Irá* y *Gareb* de Yatir, heveos u horitas, *Itay* de Gat, al que se vincula con seiscientos hombres y del que David dice que es un extranjero (2 Sm 15,16-22), y otros más cuyos nombres demuestran que eran cananeos.

Podemos citar a *Adoram* (2 Sm 20,24), cuyo nombre Adonirán (1 Re 4,6; 5,28) es una forma israelitizada, y a *Josafat* ben Ajilud (2 Sm 20,24; 2 Re 4,3), que disimula bajo su nombre israelita una ascendencia cananea. En efecto, conocemos a otro personaje, quizá emparentado con este Josafat, *Baaná* ben Ajilud, prefecto de Tanac-Meguidó bajo Salomón, cuyo nombre ha conservado su forma cananea (1 Re 4,12). Con este Josafat tenemos un ejemplo de hebraización de los nombres de persona a comienzos de la monarquía.

El censo (2 Sm 24,1-17)

Es una operación verosímil, ya que las informaciones mencionan el establecimiento por parte de David

de un ejército, una administración y un culto. El buen funcionamiento de estas instituciones exige una evaluación precisa de las capacidades contributivas, cosa que un censo permite fijar.

El itinerario de los agentes del censo (vv. 5-9) comienza por Transjordania, en Aroer, el punto más meridional del territorio de Rubén. Después, los agentes remontan hacia el norte, pasando por Gad, Jazer, Galaad, Cades, en el «país de los hititas» (según el texto luciónico), Dan, desde donde tuercen hacia Sidón, pasan por Tiro y vuelven a Berseba (Bersabé). El territorio así censado resulta enorme y no parece corresponder con la realidad del momento. Las cifras, 800.000 hombres para Israel y 500.000 para Judá, dan la impresión de ser completamente desmesuradas y no concuerdan con la proporción de las 10 partes israelitas contra 1 parte judaíta mencionadas en 2 Sm 19,44. Sin duda, la relación 10 contra 1 concierne a las tribus y no a la totalidad de los individuos. Pero esta relación es correctamente aplicada en 1 Sm 11,8, con 300.000 israelitas y 30.000 judaítas, y esta vez se trata claramente de individuos. Resulta muy difícil apreciar, tras estas fronteras y estas cifras, la importancia exacta del reino de David.

En la versión religiosa que integra este censo, la operación es juzgada, por otra parte, como una falta de David («un gran pecado», v. 10). La intervención del profeta Gad, análoga a la de Natán en 2 Sm 12, tratará de arreglarlo todo. El asunto terminará bien, con la fundación de un altar en un terreno comprado por David al jebusita Arauná, cuya identidad sigue siendo misteriosa.

El emplazamiento de este altar no parece corresponder con el del templo de Salomón. Se le situaría mejor en el Monte de los Olivos, como lo sugieren el verbo «subir» (v. 18) y la trilla del trigo (v. 20), que supone un cierto espacio cultivable.

CONCLUSIÓN

A finales del siglo xi, las poblaciones del centro de Palestina parecían lo suficientemente maduras como para constituirse en Estado monárquico. Israel se otorga una primera monarquía, reconocida como tal en la historia, con Saúl. En su origen, podemos considerar que el movimiento parte de una antigua asociación de ciudades, Guibeá de Benjamín y Yabés de Galaad. No es obligatorio pensar que la monarquía de Saúl apunta en primer lugar a organizar mejor la resistencia contra los filisteos. Éstos, al remontar los valles hacia la montaña central, se encontraron con los israelitas, aún no suficientemente preparados para rechazarlos.

Esta coyuntura beneficia a David, que va a constituirse en el rival judaíta de Saúl. En un primer momento, David se retira del principal teatro de operaciones y se sitúa en el campo filisteo, aprovechándose con ello de una cierta neutralidad. En el desierto de Judá, David reúne a sus seguidores, constituye una tropa y se hace reconocer como rey en Hebrón. Una cierta lectura puede dejar pensar que espera pacientemente su momento, el de la derrota de Saúl y el de la petición que los israelitas dirigirán a su persona. Pero esto es inverificable, ya que

este período sigue siendo oscuro. Sin duda, David trata de entablar relaciones con las nuevas potencias vecinas de Israel: Aram, Amón y Moab especialmente.

La sustitución de Saúl por David no pudo llevarse a cabo sin algunas dificultades. De los textos se deduce que David debió transigir y proceder por eliminación a la vez. Aun así, es difícil aproximarse a la realidad. Por el contrario, es cierto que David comprendió que el futuro de su empresa se encontraba al norte de Judá, allí donde estaba la mayor parte de la población y de los recursos. Su establecimiento en Jerusalén ofrece la prueba de ello. A partir de ahí, puede ampliar el territorio situado bajo su monarquía personal, estabilizar a los filisteos, integrar a los cananeos y esbozar una administración. Bajo la evidente idealización de las realizaciones, debemos comprender que éstas siguieron siendo someras y frágiles.

Los problemas planteados por la sucesión muestran que nada está fijado en lo que respecta a la unidad de las poblaciones y el futuro de la nueva monarquía. David aborda su vejez en una situación política muy precaria. El golpe de mano de Salomón permite asegurar aún algunos decenios a este nuevo poder que es incuestionablemente impuesto en la región.

SALOMÓN, un triunfo discutido

Mientras que el reinado de David había dado lugar a una larga escritura salpicada de intrigas, para el reinado de Salomón no disponemos más que de algunos elementos inconexos reagrupados según sus temas. Por tanto, es difícil hablar de historia. Se trata más bien de una sucesión de cuadros cuya construcción está especialmente desarrollada (1 Re 5-8).

El conjunto 1 Re 3-11 no ha mantenido de la fuente que él mismo cita —el «Libro de la historia de Salomón»

(1 Re 11,41)— más que la celebración personal del rey (1 Re 3-10) y la evaluación crítica (1 Re 11). El acento que se pone sobre el primer aspecto durante ocho capítulos produce un desequilibrio real, pues los acontecimientos concentrados y mencionados rápidamente en el capítulo 11 debieron de ocupar verosíblemente toda la duración del reinado.

La relectura del reinado de Salomón en 2 Cr 1-9 sigue siendo ampliamente tributaria de la única parte

positiva desarrollada en 1 Re 3-10 y no enriquece la historia con ningún elemento nuevo. El Cronista, perfectamente informado, elige deliberadamente dejar una imagen absolutamente positiva de Salomón (cf. CB 87, pp. 26-37).

SALOMÓN Y EGIPTO

El matrimonio egipcio de Salomón (1 Re 3,1; 7,8; 11,1) es el único matrimonio conocido de una hija de un faraón con un soberano extranjero. El faraón con el que Salomón concluye una alianza y con cuya hija se casa sigue siendo anónimo. Se podría considerar a uno de los últimos de la XXI dinastía, bien sea el penúltimo, Siamón, o bien el último, Psusennes II. A propósito de la ciudad de Guézer, ofrecida como dote a la joven desposada, son mencionadas las relaciones de Jerusalén con Egipto (1 Re 9,16-17a.24).

La historia de Hadad, rey de Edom (1 Re 11,14-22), muestra que la política egipcia trata de definirse frente a los nuevos reinos que se han constituido en la tradicional explanada asiática. La debilidad de la XXI dinastía, que toca a su fin, no permite, sin duda, más que un juego diplomático limitado a obtener garantías. Tendríamos otro ejemplo de ello en la alianza concluida entre Salomón y el faraón. Este marco favorable a las buenas relaciones entre Egipto y Jerusalén podría explicar las influencias que podemos contemplar en el reinado de Salomón.

Gracias a los datos bíblicos relativos a Egipto, el final del reinado de Salomón corresponde aproximadamente al comienzo de la XXII dinastía con Sesonq (945-924). La fecha habitual del 933 es calculada según la cronología de los reyes bíblicos. 1 Re 11,40 proporciona, pues, la primera correspondencia bíblica con la historia universal.

Fuera de este matrimonio egipcio, Salomón tuvo varias esposas extranjeras, cosa que le será reprochada (1 Re 11,1-4). Sólo una es conocida con certeza: Naamá, la amonita, madre del futuro sucesor Roboán (1 Re 14,21).

LA ADMINISTRACIÓN SALOMÓNICA (1 Re 4-5,8)

La lista de los funcionarios (1 Re 4,1-6)

Ésta indica que se ha establecido un régimen. La atribución de puestos a los hijos de algunos funcionarios de David sugiere que los cargos tienden a convertirse en hereditarios. El sacerdocio vuelve a la línea de Sadoc: los sadoquitas. Se observan dos nombres extranjeros: Elijóref y Sisá, para el «secretariado». Elijóref es la forma israelitizada, bien de un nombre egipcio (Apis) o más bien de un nombre hurrita (Harpa). Sisá no es un nombre propio, sino el título egipcio del escriba real. El ejército, objeto de la rivalidad de dos familias (Joab y Benayás), vuelve a un hijo de Joab. La familia de Natán acumula oficios con Azarías, jefe de los prefectos, Zabud, consejero del rey, y su hermano, mayordomo de palacio.

Aquí aparecen nuevas funciones, que caracterizan el reinado de Salomón: los prefectos (con un jefe a su cabeza), el consejero del rey, el mayordomo de palacio y el jefe de la prestación personal (o leva de trabajadores), ya mencionado en 2 Sm 20,24 por anticipado.

El *mayordomo de palacio* es una función que se encuentra en varios reinados (1 Re 16,9; 18,3; 2 Re 15,5; Is 22,15). Sin embargo, su importancia es afirmada sólo posteriormente a los reinados de David y Salomón. El poder de las llaves que le es reconocido por Is 22,22 tiene claros paralelos egipcios, y las «llaves del reino» de Mt 16,19 hay que entenderlas en este sentido.

El jefe de la prestación personal aparece de manera prematura en 2 Sm 20,24, no habiendo accedido a este cargo Adonirán verosíblemente más que bajo Salomón (1 Re 4,6; 5,28; 12,18). No vemos lo que justificaría una prestación personal bajo David, cuyas preocupaciones son ante todo de orden político y militar. Por el contrario, bajo Salomón, la prestación personal se convierte en realidad.

Aunque a partir de esta lista podemos hablar de modelo egipcio, sin embargo no se debe ver en ella una influencia directa, a pesar de que Canaán había estado marcada durante varios siglos por la administración egipcia. Las funciones aparecen en ella según una jerarquía decreciente. Podemos interpretar la importancia de las nuevas funciones –jefe de los prefectos, mayordomo de palacio y jefe de la prestación personal– como el indicio de un cambio socio-económico donde lo administrativo gana la partida a lo militar.

Las doce prefecturas (1 Re 4,7-19)

Este documento parece remontarse a una fuente antigua. Bajo David, los prefectos son los comandantes de las guarniciones (1 Sm 10,5; 2 Sm 8,6; 1 Cr 18,13). Bajo Salomón, se trata de agentes del fisco. Se observa que el sistema duodecimal utilizado por este texto procede del calendario. Herodoto (I, 192) menciona un caso semejante de reparto de cargas en Persia, bajo el régimen de los aqueménidas. Recordemos de paso que ningún texto del Pentateuco que mencione el sistema de las doce tribus de Israel se remonta más allá de la época monárquica. Así pues, una de las claves de la historia de la representación de un Israel en doce tribus podría encontrarse aquí con una base en el calendario, y no étnica.

La división en doce prefecturas parece artificial, ya que la duodécima, Gad (v. 19), es idéntica a la sexta, Galaad-Basán (v. 13). Judá no es mencionada explícitamente en la lista. Podría estar implícita en el v. 19 bajo el término «país», que, aquí como en Asiria, designa la provincia central.

El examen detallado de los territorios revela algunas curiosidades. En efecto, no aparecen como nombres de tribus más que los «hijos de Manasés» (v. 13), Neftalí (v. 15), Aser (v. 16), Isacar (v. 17), Benjamín (v. 18) y Gad (v. 19). La expresión «montaña de Efraín» (v. 8) es toponímica. Ahora bien, de forma manifiesta, varias prefecturas pertenecen a territorios cuyo espacio tribal tradicional es desmembrado o silenciado. Otras prefecturas integran territorios conquistados a los filisteos o a los cananeos.

Esta lista parece inverosímil en razón de la flagrante desigualdad de los recursos que pueden procurar los territorios así delimitados. Aunque se precisa que los prefectos aprovisionen al rey y a su casa cada uno por turnos durante un mes y que abastezcan de caballos y animales de tiro, ignoramos si se trata de tasas cobradas a las poblaciones o del producto de la gestión de los bienes de la corona.

Diferentes indicios hacen suponer que la división administrativa se remonta a David: la denominación «hijos de...» evoca un cargo hereditario. La presencia de dos personas cercanas a Salomón como prefectos de Dor (importante puerto) y de Neftalí (zona estratégica en la frontera aramea) indica que la división es anterior a Salomón. El documento refleja ciertamente la conquista progresiva del territorio por David.

Las construcciones

LAS CONSTRUCCIONES **(1 Re 5,15-7,51; 9,15-19)**

Salomón llevó a cabo diferentes obras: la construcción del templo (1 Re 6), su ornamentación metálica y su mobiliario (1 Re 7,15-51), el palacio (1 Re 7,1-12) y la fortificación de varias ciudades (1 Re 9,15-19).

La construcción del templo

(1 Re 5,15-6,38; 7,13-51)

La madera proviene del Líbano y es objeto de un contrato establecido con Jirán, rey de Tiro (5,24-25). La extracción de las piedras se lleva a cabo en el lugar. El comienzo de la obra se data, en términos simbólicos, en la historia del pueblo de Dios: 480 años después de la salida de Egipto. Por el contrario, el cuarto año del reinado y el mes de Ziv (término del cómputo cananeo, que corresponde al segundo mes de un año que comienza en la primavera) son datos verosímiles (1 Re 6,1.37). La obra dura siete años según 1 Re 6,38, ya que termina durante el mes de Bul (octavo mes) del undécimo año de su reinado.

El texto contiene numerosos términos técnicos que no siempre han sido entendidos por los copistas a lo largo de su transmisión. El documento base sería un memorándum para el oficial real responsable de la obra. La descripción del templo (1 Re 6,2-8.16-22) muestra la elección de una planta en tres partes en sentido longitudinal.

Considerando que un codo corresponde aproximadamente a 50 cm, las dimensiones son las siguientes: longitud = 30 m, anchura = 10 m, altura = 12,5 m (texto griego) o 15 m (texto hebreo). El espacio está dividido en tres partes: *ulam* o vestíbulo (1 Re 6,3), longitud = 10 m, anchura = 5 m; *hekal*, llamado más tarde el Santo (1 Re 6,17), longitud = 20 m; *debir*, llamado más tarde Santo de los Santos (1 Re 6,20), de forma cúbica con una arista de 10 m. No se menciona ningún muro que separe estas tres partes, sólo un tabique de madera parece haber separado el *debir* del *hekal* (1 Re 6,16). Se mencionan dos puertas decoradas en 1 Re 6,31-32 (para el *debir*) y 1 Re 6,33-34 (para el *hekal*).

Para su planta, el templo salomónico se inspira en construcciones similares conocidas en el Bronce Medio en Ebla, Meguidó y Siquén. El templo de Arad, del siglo IX, posee una planta semejante. De una época más tar-

dia (siglo VIII), es conocido otro ejemplo en Tell Tainat, al norte de Siria. Por sus dimensiones, este templo de Jerusalén parece superior a todo lo que se conocía en Canaán y Fenicia.

Una tradición especial relata la obra del bronce Jirán (1 Re 7,15-47). El emplazamiento de la fundición de Jirán (1 Re 7,46), entre Sucot y Sartán, adquiere toda verosimilitud con las excavaciones realizadas en Tell es-Saidiyeh (en la orilla oriental del Jordán, a la altura de Siquén), que atestiguan una industria del bronce en el valle en el siglo XII.

El palacio (1 Re 7,1-12)

La obra dura trece años. Las dimensiones indican una obra más importante que el templo: la «Casa del Bosque del Líbano» tiene una longitud de 50 m, una anchura de 25 m y una altura de 15 m, y el «Pórtico de las Columnas» una longitud de 25 m y una anchura de 15 m. La dimensión de las piedras de la cimentación, 5 y 4 m (v. 10), es impresionante. La técnica de la piedra es de origen fenicio.

El Miló

(1 Re 9,15.24; 11,27; cf. 2 Sm 5,9)

El término evoca un terraplén, un relleno. No se sabe nada de su localización ni de su naturaleza. El texto solamente precisa tres extremos: que la obra sigue inmediatamente a la instalación de la hija del faraón en el palacio (1 Re 9,24), que parece rellenar una brecha de la ciudad de David y que Jeroboán pudo trabajar en ella (1 Re 11,27).

Jasor, Meguidó y Guézer (1 Re 9,15-19)

Los elementos invariables de un modelo de defensa encontrado en estas ciudades (puertas con triple fortificación, muralla con casamatas) sugieren una empresa

planificada. En Meguidó, el conjunto de la puerta y la muralla era considerado como salomónico desde las excavaciones americanas de 1925-1939. Esta datación ha sido puesta en cuestión en dos extremos. La puerta y la muralla no están soldadas (constatación, sin embargo, ya mencionada en los antiguos informes de excavaciones) y, por lo tanto, ha quitado años a la datación de los niveles arqueológicos de Meguidó.

Las edificaciones interpretadas primeramente como «caballerizas» de Salomón hoy están fechadas en la época de Ajab. En lugar de hablar de caballerizas, hoy se prefiere ver en ellas almacenes, en razón de sus dimensiones, que parecen incompatibles con la evolución de los animales de gran tamaño como los caballos. Sin duda, existen vestigios salomónicos en Meguidó, pero, incluso en eso, parece que la Biblia haya guiado las conclusiones de los excavadores. Se observará que el texto introduce una diferencia entre las ciudades-almacén y los centros militares (v. 19).

OTROS DATOS SOBRE EL REINADO DE SALOMÓN

La prestación personal (1 Re 5,27-32; 9,20-22; 11,28)

La prestación personal, institución antigua, es decretada por Salomón para ejecutar sus numerosos y grandiosos proyectos. El texto antiguo de 1 Re 5,27-32 da testimonio de la realidad de esta prestación personal. Por el contrario, 1 Re 9,20-22, texto tardío, trata de ocultar el hecho liberando a los israelitas de esta obligación. La realidad de este trabajo impuesto a los israelitas está atestiguada aún, aunque incidentalmente –lo que refuerza el testimonio–, en 1 Re 11,28, donde Salomón sitúa a Jeroboán a la cabeza de la contribución de la casa de José. Se ha señalado que el término que designa esta contribución está reservado a una obligación

impuesta por el enemigo. El trabajo forzoso impuesto por Salomón a los israelitas del norte pesará mucho en el momento del cisma (1 Re 12,4).

El territorio (1 Re 4; 5,1.4-5; 8,65)

La lista de los prefectos (1 Re 4) refleja la ampliación progresiva del territorio bajo David y ofrece una primera idea de la extensión del reino salomónico. Después son mencionados tres tipos de fronteras.

– El gran imperio descrito en 1 Re 5,1.4, que se extiende desde el Éufrates a Egipto, corresponde en realidad a la satrapía de Transeufratina, tal como existía en la época persa. El reino de Salomón no conoció nunca semejante extensión.

– Las fronteras tradicionales son restablecidas en 1 Re 5,5: de Dan a Berseba. Pero esta breve información peca ciertamente por exceso de modestia.

– Otra definición de la frontera se ofrece en 1 Re 8,65: «Desde el paso de Jamat hasta el torrente de Egipto». El paso de Jamat es un punto septentrional localizado en Siria, cerca de una de las fuentes del Orontes, y frecuentemente citado en la Biblia (Nm 13,21; 34,8; Jos 13,5; Jue 3,3; 2 Re 14,25; Ez 47,20; 48,1; Am 6,14; 1 Cr 13,5; 2 Cr 7,8). El «torrente de Egipto» designa probablemente el Wadi el-Arish, al sur de Gaza. Aquí se trata del término medio entre las dos fronteras precedentemente mencionadas, que podría corresponder a las dimensiones reales del reino davídico.

Fuera de Guézer (1 Re 9,16), que es cedida por un faraón anónimo con ocasión del matrimonio con una de sus hijas, Salomón no contribuye a la ampliación del territorio israelita.

El comercio (1 Re 9,26-28; 10,2.10-13.14-22.26-29)

Los fenicios, ya asociados en las construcciones salomónicas, lo son igualmente en cuanto a la realización

y la dirección de una flota mercante. Pero, aunque 1 Re 9,26-27 y 10,22 reconocen a Salomón una flota propia, 1 Re 10,11, por el contrario, no menciona más que la flota de Jirán. El puerto de Asiongáber habría que situarlo en un islote del mar Rojo, al sur de Eilat (Djeziret Faraun), donde se han encontrado construcciones que datan del Hierro I e instalaciones portuarias.

La localización de Ofir sigue siendo incierta, pero la realidad designada con este término no podría ser contestada, ya que se puede leer «Oro de Ofir, en Betorón, 30 siclos» sobre un fragmento de vasija del siglo VIII encontrado en Tell Qasilé, antiguo puerto en la desembocadura del Yarqón, al norte de Tel-Aviv. Si Ofir designa una región aurífera, ésta hay que buscarla al sur, hacia Etiopía, Arabia o Somalia.

La visita de la reina de Saba

(1 Re 10,1-10.13)

Ésta plantea problemas al historiador en la medida en que la existencia de los sabateos es prácticamente ignorada hasta el siglo VIII y, sobre todo, por el hecho de que se trata de una reina, cosa por lo menos poco habitual en el contexto. Sin embargo, podría inscribirse en el marco de los intercambios comerciales entre el suroeste asiático y los países mediterráneos.

El texto dedicado al comercio de los caballos (1 Re 10,26-29) es difícil. Las posibles lecturas remiten a Egipto o a una región del Cáucaso y a Cilicia. Datos vagos e inciertos sobre un comercio cuya realidad, sin embargo, no puede ser cuestionada.

La venta de las ciudades de Cabul

(1 Re 9,10-14)

En 1 Re 5,15, Jirán es un rey de Tiro, amigo de David desde siempre, con el que Salomón trata de la compra de materiales del templo. El mercado está regulado

en 1 Re 5,25. La continuación hay que buscarla en 1 Re 9,10-14. Según 1 Re 9,14, Salomón vende veinte ciudades del «País de Cabul» (al sureste de Aco) a Jirán por 120 talentos de oro. Este acto comercial es independiente del mercado de las construcciones. Sin embargo, el texto deja planear la idea de que se trataría de un intercambio ligado a las construcciones (vv. 10-11). A pesar de sus reticencias a propósito del país de Cabul, que el texto califica de miserable –lo que es contrario a la realidad–, Jirán efectuó el pago. Así pues, se trata de una venta, camuflada como un intercambio desventajoso para Jirán por una versión prosalomónica del asunto. Esta venta constituía un escándalo, ya que Salomón enajenaba así una porción de la Tierra Santa.

Los adversarios (1 Re 11,14-40)

Con un fuerte contraste en relación con 1 Re 3-10, el capítulo 11 reagrupa todos los puntos negativos conservados por la posteridad contra Salomón. Son mencionados tres adversarios: Hadad el edomita, Rezón el arameo y Jeroboán el israelita.

Hadad es presentado como un príncipe edomita (1 Re 11,14-22.25b). La historia de este príncipe refugiado en Egipto carece de cronología precisa, ya que el faraón de la narración sigue siendo anónimo. Las quejas mantenidas contra Hadad en 1 Re 11,25b siguen siendo vagas y no dicen nada de su oposición a Salomón.

Rezón (1 Re 11,23-25a): lo mismo que para el precedente, no se ve en qué constituye Rezón un peligro para Salomón. Aquí se trata de un usurpador del reino de Sobá sometido por David (2 Sm 8,3-8; 10,15-19). El peligro arameo no pesará sobre Israel más que en el siglo IX.

Jeroboán (1 Re 11,26-40): en vano buscaremos el relato del incidente, anunciado en 1 Re 11,26-27, a lo largo del cual Jeroboán «levantó la mano contra el

rey». Solamente sabemos que Jeroboán huyó a Egipto, junto a Sesonq (1 Re 11,40). Situado muy alto por Salomón, que quizás le observa durante la construcción

del Miló (1 Re 11,27-28), Jeroboán podía ser el testigo privilegiado de las obligaciones que pesaban sobre los israelitas sometidos a las prestaciones personales.

El final del un sueño: el «cisma»

Los acontecimientos sobre los que se basa 1 Re 12,1-20 no parecen imaginarios: la presencia de Roboán en Siquén se justifica por el hecho de que, siendo ya rey de Judá, Roboán debe recibir la investidura de los ancianos de Israel. La presencia de Adonirán, jefe de la prestación personal, ya no es ficticia, ya que se trata de regular un problema de mano de obra israelita. Pero la memoria reconstruye el acontecimiento según las apuestas políticas, tal como son percibidas más tarde en algunos medios. El texto estigmatiza únicamente la mala decisión de Roboán, que ha seguido a sus jóvenes consejeros y no a los ancianos de Israel. No cuestiona de ningún modo la persona de Roboán, y menos aún la institución monárquica.

Paralelamente a esta versión política de los hechos, encontramos varias versiones religiosas que releen el acontecimiento como el castigo por las faltas de Salomón (1 Re 11,29-39) o como el pecado de Jeroboán, que conducirá a Israel a su perdición (1 Re 12,26-33).

Todas las tradiciones antiguas dejan prever la imposible unidad de los dos territorios bajo la dirección de un rey judaíta. Existen demasiadas disparidades de todo tipo entre el norte y el sur para que el cisma se reduzca a un incidente de la historia.

El norte, más poblado, más activo política y económicamente, es, como hemos visto, el lugar de nacimiento de la monarquía israelita. El sur, demográfica y económicamente más pobre, no podía mantener su hegemonía más que a expensas del norte, hecho que se deduce claramente de los datos no rectificadas relativos a la prestación personal israelita (1 Re 5,27; 11,28). A favor del descontento popular es como Jeroboán, jefe de la prestación personal de la casa de José (11,28), va a poner fin a la sujeción del Israel del norte y crear un nuevo reino independiente del de Judá.

En efecto, designar como «cisma» los acontecimientos narrados en 1 Re 12 corre el riesgo de enmascarar a la vez la realidad y el significado. Pues, a pesar del régimen tradicionalmente calificado de «unión personal», parece excesivo hablar de un «reino unido» para la asociación Judá-Israel. Se podría pensar que esta imagen hubiera sido inducida más bien por las lecturas unitarias tardías dedicadas al período que va de Saúl a Roboán-Jeroboán que por los datos antiguos. Recordemos que todo este período es el resultado de un enorme trabajo redaccional. El único argumento unitario desarrollado en 1 Re 12, además de la vinculación a una única persona real, es, en efecto, de naturaleza religiosa y es relativamente tardío.

LOS REINOS DE ISRAEL Y DE JUDÁ

(siglos X-VIII)

A partir del siglo IX, varios acontecimientos narrados por la Biblia lo son igualmente por la documentación de los países vecinos: la campaña de Sesonq (inscripción de Karnak, Egipto), la estela de Mesá, rey de Moab (en

el Museo del Louvre) y otras varias inscripciones asirias o arameas. Con todas estas huellas escritas, que permiten confirmar las informaciones bíblicas, podemos comenzar a hablar de historia.

Los dos reinos, del 933 al 841

EL MARCO INTERNACIONAL

Los datos bíblicos mencionan para este período un perímetro internacional relativamente limitado, que se extiende de Egipto a Fenicia. Dos polos parecen imponer la política internacional del momento: Egipto y el reino arameo de Damasco.

Egipto acaba de conocer una ruptura dinástica con el advenimiento de Sesonq I (XXII dinastía), que reina desde el 945 hasta el 924 aproximadamente, y se decide por una política enérgica para debilitar el poder de Judá y de Israel y para retomar el control de su posición asiática.

En el otro extremo, en Damasco, reina Rezón, antiguo vasallo de Adadézer, rey de Sobá (1 Re 11,23-25).

Este reino arameo de Damasco será aliado de Israel en caso de amenaza asiria. Pero una vez sea rechazada Asiria, se volverá contra Israel.

Entre estos dos polos, los antiguos Estados vasallos, Edom, Amón (la madre de Roboán, Naamá, es amonita: cf. 1 Re 14,21) y Moab, consiguen liberarse de la tutela de Jerusalén. Los filisteos, expulsados por David, vuelven a ser amenazadores a finales del siglo X, así como a principios del siglo IX. Judá erige contra ellos una línea de ciudades fortificadas en la Sefelá, e Israel lanza campañas en dirección suya.

En Mesopotamia, Asiria atraviesa un período de debilidad, y en algunos momentos incluso se encuentra amenazada por los arameos. Pero el despertar llegará pronto.

EL REINO DE JUDÁ

Después de David y Salomón, Judá aparece como una entidad muy vulnerable, incapaz de imponer la supremacía de Jerusalén sobre el conjunto del territorio. Poco favorecido por la geografía, este reino se beneficia de su unidad tribal, que le asegura una gran estabilidad dinástica. Para Judá, el principal peligro procede de Israel. Pero la proximidad de Egipto ya no es tranquilizadora porque las vías de invasión atraviesan la parte baja del país, la Sefelá, y porque Judá, para un invasor llegado de Asia, constituye el último bastión antes de Egipto. En este caso, para Judá, lo sabio consiste en no establecer alianzas con Egipto, como lo recomiendan los profetas. Pero Egipto, que mantiene el interés en que su posición asiática desempeñe el papel de defensa que espera de ella, presionará al rey de Judá para incitarle a que ataque al invasor. Este tipo de argumento desembocará en la ruina de Jerusalén.

EL REINO DE ISRAEL

Más grande, más poblado y más rico, Israel va a imponerse como potencia preponderante y prácticamente eclipsará a Judá durante un siglo, más o menos. Pero presenta diversos puntos débiles. Compuesto por diferentes grupos rivales, padece una inestabilidad crónica. En él, el elemento cananeo es más importante y más influyente que en Judá. Abierto directamente hacia el norte, es más fácilmente solicitado por los reinos vecinos y está peligrosamente expuesto al invasor.

Israel, amenaza constante para Judá, está atrapado en la tenaza que Jerusalén establece aliándose con los arameos o los asirios. Esta política defensiva de Judá es inaugurada en el siglo x por Asá (1 Re 15,18-20) y continuada por Ajaz hasta la caída de Samaría en el 722 (2 Re 16,7-9).

LAS CAMPAÑAS DE SESONQ

El quinto año del reinado de Roboán, Sesonq (Sesac en la Biblia, 1 Re 14,25) marcha contra Jerusalén. Así pues, podemos datar las campañas hacia el 925. Sesonq hace que le entreguen los tesoros del templo y del palacio.

La documentación egipcia permite saber más de ello. La inscripción de Karnak incluye una lista de ciudades controladas por Sesonq en Palestina. El itinerario comienza por Filistea, después dobla hacia Jerusalén. Esta ciudad no es mencionada, lo que parece confirmar que ha sido evitada, como lo sugiere la Biblia cuando menciona el pesado tributo pagado por Roboán a Sesonq. La expedición se dirige a continuación hacia el norte, después al este y pasa el Jordán. La encontramos en el valle de Jezrael, desde donde toma el camino del sur. Otras listas de esta inscripción indican que el suroeste y el sur están igualmente controlados.

Los objetivos de estas campañas están claros. Egipto quiere apoderarse del territorio y de las vías de comunicación, las del norte, cuya importancia no hace falta demostrar, y las del sur, hacia Arabia, por las que transitan preciosas mercancías. Finalmente, observaremos que Israel parece haber sido afectado más duramente que Judá, de lo que la Biblia no dice nada.

LA INESTABILIDAD POLÍTICA DE ISRAEL

De Jeroboán a Omrí, o sea, desde el 933 al 886, la Biblia cita a Nadab, Basá, Elá, Zimrí y Omrí como reyes de Israel. Entre éstos, sólo dos suceden a sus padres: Nadab, hijo de Jeroboán, y Elá, hijo de Basá. Los otros tres, Basá, Zimrí y Omrí, todos militares, acceden al trono mediante un golpe. Ésta es la duración de sus

reinados: Jeroboán, 22 años; Nadab, dos años; Basá, 24 años; Elá, dos años; Zimrí, siete días (*cf.* las informaciones de los reinados en 1 Re 14-16); esto muestra que sólo dos hombres fuertes, Jeroboán y Basá, pudieron imponerse durante estos 50 años, sin ni siquiera poder fundar una dinastía estable.

Otro signo inquietante: el vacío de poder durante el período de cuatro años en que se oponen los partidarios de Tibní y Omrí después del efímero reinado de Zimrí (1 Re 16,15 indica el 27º año de Asá para el advenimiento de Zimrí, y 1 Re 16,23, el año 31º para el advenimiento de Omrí).

Esta inestabilidad se manifiesta igualmente en los cambios de capital. *Siquén*, lugar de la proclamación de la independencia israelita y de la investidura del primer rey, Jeroboán (1 Re 12,1), puede ser considerada como la primera capital de Israel (1 Re 12,25). Muy rápidamente, después de haber fortificado Siquén, Jeroboán deja esta ciudad para fortificar *Penuel*, al este del Jordán, y establecerse en ella (1 Re 12,25). Esta ciudad es mencionada en la inscripción de Karnak por haber sido controlada por Sesonq. Pero en 1 Re 14,17 nos enteramos de que la familia de Jeroboán está establecida en *Tirsá* (Tell el Farah), que seguirá siendo ciudad real hasta la fundación de Samaria (1 Re 16,6.8.9.15.17.23). Jeroboán quizá abandonó Penuel para volver a algunos kilómetros de Siquén bajo la presión del ejército egipcio. El hecho es que 1 Re 12,25 menciona las fortificaciones de Siquén y de Penuel; por tanto, un contexto amenazador.

LOS CONFLICTOS ENTRE ISRAEL Y JUDÁ

Tal como se narra en 1 Re 12,21-24, el primer choque entre Israel y Judá se desarrolla en condiciones

poco creíbles. La cifra de 180.000 guerreros de elite (1 Re 12,21) es enorme. Este texto no tiene valor histórico. Sin embargo, pudo haber tenido lugar una batalla al sur de Betel (1 Re 14,30).

El combate de Jeroboán contra Abías (o Abiyán), sucintamente mencionado en 1 Re 15,7, está más desarrollado en 2 Cr 13,3-21. Las cifras están allí enormemente infladas: 400.000 hombres para Abías; 800.000, el doble, para Jeroboán. Las conquistas de Judá: Betel, Yesaná y Efrón están limitadas a la zona-tampón y siguen siendo provisionales.

La guerra de Basá contra Asá procede de una iniciativa del rey israelita: fortificar Ramá para bloquear las comunicaciones de Asá (1 Re 15,17). Por primera vez se menciona la política de alianza de Jerusalén contra Israel: Asá paga a Benadad, rey de Aram en Damasco, y éste ataca el norte de Israel, al que le arrebató Iyón, Dan, Abel-Bet-Maacá, Genesaret y todo Neftalí (1 Re 15,20). Basá domina el combate, recupera Tirsá, y Asá desmantela las fortificaciones de Basá en Ramá, para reutilizar los materiales en sus propias fortificaciones de Guibeá y Mispá, posiciones judaítas avanzadas en territorio de Benjamín. En adelante, para mencionar los límites de Judá se utilizará la fórmula «de Guibeá a Berseba» (2 Re 23,8). La paz entre Israel y Judá no sobreviene más que con los omridas y Josafat, hijo de Asá (1 Re 22,45).

UNA DINASTÍA DE UN NUEVO TIPO: LOS OMRIDAS

Sobre un fondo de crisis, en el 886 es cuando se impone Omrí, jefe del ejército de Israel, designado en primer lugar como rey por los militares durante el sitio de Guibetón, ciudad filistea ya asediada veinticinco años antes, en el 909, y escenario de un primer golpe

que vio el asesinato de Nadab, hijo de Jeroboán I, por Basá (1 Re 15,27). Después de cuatro años de guerra civil entre partidarios de Tibní, por un lado, y de Omrí, por otro, la desaparición de Tibní deja vía libre a Omrí.

Con este nuevo rey, Israel conoce una aceleración de su historia que se traduce en modificaciones radicales y un claro progreso económico. La Biblia es muy negativa con respecto a esta dinastía, que parece haber chocado muy fuertemente con sus novedades contra el patrimonio tradicional de las poblaciones israelitas.

La fundación de Samaría

David había querido conquistar una ciudad cananea bien situada entre el norte y el sur, para hacer de ella su posesión personal y su metrópoli. Omrí compra una colina a su propietario, Sémer, para construir allí una nueva ciudad, por tanto libre de cualquier pasado tribal, directamente bajo su posesión. Además, esta ciudad, llamada Samaría (*Somrón*), está admirablemente situada para servir a su nueva política. Situada en el centro del reino, abierta al norte y sobre el mar, Samaría podía convertirse en un punto de atracción para la población y en una resplandeciente capital cerca de las tierras fenicias. Por tanto, políticamente es una jugada maestra. Pero al precio de una elección de sociedad que una parte del pueblo pronto iba a juzgar catastrófica

Las excavaciones confirman la importancia de esta capital, cuyo modelo parece inspirarse en la ciudad-estado cananea. Se ha encontrado especialmente una acrópolis real de 89 x 178 m, de arquitectura más elaborada que las construcciones salomónicas, que se remontan a la época de Omrí, y acabada por Ajab.

El vasallaje de Moab

«Omrí era rey de Israel y oprimió a Moab durante muchos días.» Estas líneas, tomadas de la estela de

Mesá (fechada a mediados del siglo IX), sobreentiende una presencia activa de Israel en Transjordania, así como el dominio de Moab por Omrí. El vasallaje de Moab, mencionado en 2 Re 3,4-5, durará hasta la muerte de Ajab. El tributo, según la Biblia, supone la entrega (¿anual?) de «cien mil corderos y cien mil carneros lanudos».

La alianza con los fenicios

(1 Re 16,31-32)

Ajab se casó con Jezabel, hija de Etbaal, rey de los sidonios, y construyó un templo de Baal en Samaría. Este matrimonio concreta la política inaugurada por Omrí, en vida del cual fue ciertamente concluido. Para Israel, Fenicia constituye una excelente salida para los productos de una agricultura excedentaria (vino, aceite, cereales), tanto más cuanto que ésta no posee un territorio importante.

El despertar de Asiria

Debilitada hasta entonces por las incesantes incursiones arameas, Asiria se despierta y va a emprender una política de expansión hacia el oeste. En previsión, Ajab construye por todas partes fortificaciones, con sistemas de acceso subterráneo para el agua dentro de las ciudades de Meguidó y Jasar.

Los asirios intentan llegar al Mediterráneo. Imponen tributos muy fuertes, siendo su objetivo conseguir botín más que constituir un imperio. Su soberanía se extiende hasta Jarán, en el alto Tigris, con algunas incursiones en las ciudades fenicias: Arvad, Biblos, Sidón y Tiro.

EL REINO DE AJAB (875-853)

Las dos informaciones relativas al reino de Ajab (1 Re 16,29-34; 22,39-40) no contienen más que las construcciones del rey: un templo de Baal para Jezabel en Samaría (1 Re 16,32), la reconstrucción de Jericó (16,34), la casa de marfil y varias ciudades (22,39). En lo demás, Ajab es juzgado como el rey impío por excelencia.

La arqueología permite medir la amplitud y la calidad de las construcciones de Ajab. Se trata de un programa superior al de Salomón. Jasor fue reconstruida con el doble de su superficie anterior. En 1971-1972 se descubrió el sistema hidráulico que permitía el acceso al agua en caso de asedio. En Meguidó, las defensas, la puerta, los almacenes (y no las «caballerizas»), un túnel-pozo y un palacio fortificado datan de la época de Ajab.

En Samaría, Ajab continuó las fundaciones de Omrí en la acrópolis real. Se observa una gran perfección en la colocación de los cimientos y la talla de las piedras, lo que indica una técnica fenicia. Se han descubierto marfiles, algunos de los cuales se remontan al tiempo de Ajab (sobre las «casas de marfil», cf. Am 3,15).

Ajab es aliado de los fenicios, como lo atestigua su matrimonio con Jezabel en vida de Omrí. Está en paz con Judá, pues Jorán, rey de Judá, se casó con Atalía (¿hija suya?).

La coalición antiasiria; Qarqar

Una inscripción asiria, el monolito de Salmanasar III (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 16), refiere una importante batalla en la que se opusieron el ejército asirio y una coalición de la que formaba parte Ajab de Israel junto a Hadad-Idri, rey de Aram. El documento permite precisar además la fecha de la batalla de Qarqar: el 853. Esta batalla, presentada como una victoria asiria sobre la coalición, es, en

realidad, un parón para los invasores. Después de Qarqar, Salmanasar III ya no avanza hacia el sur.

Por tanto, Ajab, aliado de los arameos en esta época, que está cercana a su muerte, no puede ser su adversario, contrariamente a lo que dan a entender los relatos de 1 Re 20 y 22. Varios detalles de estos textos parecen evocar una época posterior a la de Ajab, a lo largo de la cual Israel sufrió efectivamente la amenaza aramea.

El asunto de Nabot (1 Re 21)

Las informaciones mencionan las construcciones de Ajab y el lujo de algunas de ellas, cosa que la arqueología confirma en todos sus extremos. Este ritmo de vida no puede llevarse a cabo sin plantear algunos problemas. En Israel, la constitución de un patrimonio real no comienza seriamente más que con la compra de la colina de Sémer por Omrí. Las razones que llevan a Ajab a adquirir un terreno en Jezrael son evidentes: esta región es la más fértil del reino, y en 1 Re 21,2, Ajab manifiesta explícitamente su intención de reconvertir la viña de Nabot en explotación agrícola. El relato de la viña de Nabot atestigua una actitud crítica contra la «nueva sociedad», con la pareja real a la cabeza, tal como era percibida en algunos medios desestabilizados por las maquinaciones del poder. La oposición aguarda su hora.

Moab se libera de Israel

El último omrida de Samaría, Jorán, es conocido por la campaña emprendida con el rey de Judá contra Moab (2 Re 3). La ruta elegida para atacar Moab es la del sur. Hay que pasar por Edom, entonces vasallo de Judá, lo que explica la participación del rey de Edom en esta campaña (v. 9). Esta maniobra, larga y arriesgada, supone que el ataque de Moab por el norte es juzgado demasiado peligroso. De hecho, la estela de Mesá (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*,

texto n. 17) indica que el norte de Moab había sido tomado y reforzado por los moabitas. La campaña es un fracaso en toda regla: Israel no conquista Moab y Judá pierde Edom.

Jerusalén, en la órbita de Samaría

Las buenas relaciones de Samaría con Jerusalén bajo los omridas, tras un siglo de guerra, exigen que sean contempladas más de cerca. A partir de 1 Re 22, un buen número de textos ponen en escena a los reyes de Israel y de Judá, sin que en todos los casos se precise la identidad de unos u otros. Se les encuentra juntos en la campaña contra Moab (2 Re 3), en la batalla de Ramot de Galaad (2 Re 8,28-29; 1 Re 22) y en Jezrael, durante una estancia que resultará fatal (2 Re 9,16-29). Estos textos son de origen profético. Los diálogos entre los dos reyes quieren mostrar su pleno acuerdo. Sin embargo, se aprecia que las iniciativas siempre son tomadas por el rey de Israel (1 Re 22,4; 2 Re 3,7).

Las noticias confirman esta predominancia de Israel sobre Judá. Únicamente Josafat se resiste a las propuestas que le hace Acazías (u Ocozías), hijo de Ajab, con respecto a los navíos armados para buscar el oro de Ofir en Siongáber (1 Re 22,50). El matrimonio de Jorán, hijo de Josafat, con Atalía, una princesa omrida (2 Re 8,18), constituye un temible medio de presión de Samaría sobre Jerusalén. Se constata que después de Josafat, los reyes de Israel y de Judá llevan idénticos

nombres: Jorán, Acazías (y Joás), señal de una cierta influencia.

El sistemático alineamiento de Jerusalén con Samaría se manifiesta claramente desde la muerte de Josafat. Se puede ver en ello el resultado de la activa presencia de Atalía. Bajo su influencia, sin duda, los dos sucesores de Josafat en Judá, Jorán (848-841) y Acazías (841), pasaron una gran parte de su tiempo guerreando junto a Jorán de Israel contra Moab y Aram. Este compromiso será nefasto para Judá.

La última frase del juicio emitido en 2 Re 8,27 sobre Acazías de Judá indica una alianza matrimonial entre el rey judaíta y los omridas. La nefasta influencia de Atalía y de los consejeros está claramente subrayada en 2 Cr 22,3-5. La historia no ha conservado de Acazías de Judá más que su asociación en las guerras arameas con Jorán de Israel. Tras su desaparición en el golpe de Estado de Jehú (841), su madre Atalía, una omrida, gobernará en Jerusalén durante seis años (841-835, cf. 2 Re 11,3).

Así pues, parece que Palestina está claramente dominada durante la primera mitad del siglo IX por el poder omrida de Israel, del que Judá no es más que un satélite. El hecho es que los documentos extrabíblicos que se refieren a esta época mencionan siempre a Israel, Omrí y Ajab, pero nunca a Judá. La designación de Israel como «casa de Omrí», además, hará fortuna entre los escribas asirios: la emplearán incluso después de la caída de Samaría (722), es decir, más de un siglo después de la eliminación de los omridas por Jehú (841).

Israel, frente a Damasco y Asiria (841-780)

UN REINO EN CRISIS

Después de la muerte de Ajab (853), Israel entra en crisis. Moab cuestiona su vasallaje y, por tanto, su

tributo (2 Re 3,4-5). Los arameos, aliados de Ajab, cambian su política, quizá por instigación de Moab (2 Re 3,26) o bajo el impulso de un nuevo rey, Hadad-Idri; toman Ramot de Galaad (1 Re 22,3). Las actua-

ciones del régimen omrida (1 Re 21) refuerzan el descontento del pueblo. Un movimiento presentado por la Biblia como profético se erige en fuerza crítica contra un régimen que funciona con el modelo fenicio, desconociendo la originalidad israelita. A esta oposición religiosa es a la que se debe lo esencial de los datos bíblicos que se refieren a esta época.

EL GOLPE DE ESTADO DE JEHÚ (1 Re 19,15-18; 2 Re 9-10,27)

Jehú es un jefe militar presentado como opuesto al régimen omrida. El relato de su golpe (2 Re 9,14-10,14) narra sin complacencia las masacres de Jezrael y de Samaría, que ven desaparecer a Jorán de Israel, Acazías de Judá, Jezabel, los hijos de Ajab y los príncipes de Judá que, no informados de los acontecimientos, se dirigen ingenuamente hacia Jezrael.

El final del relato (2 Re 10,15-27) cuenta la purga religiosa emprendida en Samaría por Jonadab, hijo de Recab (10,15,23), dirigente de un movimiento que aún existirá en tiempos de Jeremías (Jr 35,1-11). Este grupo, arcaizante y reaccionario, lleva un tipo de vida que traduce el rechazo de cualquier evolución socio-económica. Los recabitas de la época omrida debían de ser francamente hostiles a las aperturas en dirección al mundo fenicio.

Estas masacres marcaron la memoria de Israel. Si los hechos y los gestos del usurpador Jehú son referidos sin la menor admiración, el juicio de Oseas, alrededor de un siglo más tarde, es inapelable cuando este profeta anuncia que Yahvé «tomará cuenta a la familia de Jehú por la sangre derramada en Jezrael» (Os 1,4).

JERUSALÉN SE LIBERA DE LA TUTELA OMRIDA (2 Re 11 // 2 Cr 22,9-23,21)

El golpe de Estado de Jehú en Jezrael y en Samaría tiene repercusiones sobre Judá, cuyo rey Acazías y los príncipes fueron masacrados. En Jerusalén, Atalía reacciona igualmente con una masacre, presentada como el exterminio de la descendencia real (2 Re 11,1).

Para los judaítas, Atalía es una extranjera cuya acción es nefasta en política, así como en el ámbito religioso, ya que es una omrida. La existencia de un templo de Baal en Jerusalén es señalada por 2 Re 11,18. Es extraño que Atalía quiera eliminar a toda la descendencia real, que es su propia descendencia, para vengar a su propia familia. ¿Se trata de una reacción negativa o de un último acto que le daría un poder que no tendría que compartir? ¿Es histórica la masacre imputada a Atalía? Los hechos son difíciles de establecer.

Josebá es hija del rey Jorán, hermana de Acazías, y, por tanto, tía de Joás, el heredero del trono judaíta (2 Re 11,2), y según 2 Cr 22,11, esposa del sacerdote Yoyadá. Es ella la que preserva a Joás de la masacre de Atalía y le oculta en el templo durante seis años.

En 2 Re 11,20 se dice que «todo el pueblo se llenó de júbilo y la ciudad recobró la calma». Quizás habría que entender que Judá aprobaba el golpe de Estado y que Jerusalén, en gran parte dominada por los partidarios de Atalía, no pudo reaccionar.

La puesta en escena, particularmente cuidadosa, es presentada desde el antiguo relato con la entronización del legítimo rey, con todos los detalles de la consagración y de la investidura que fueron añadidos después. Una adición tardía incluso hará referencia a David (v. 10). Mientras que, en el norte, es un profeta el que consagra a Jehú y legitima la ruptura dinástica, en

Jerusalén es un sacerdote el que restablece la continuidad dinástica.

EL REINADO DE JOÁS DE JUDÁ (2 Re 12 // 2 Cr 24,1-16)

Está documentado por los archivos del templo (2 Re 12,5-19) y por los anales reales (2 Re 12,20-22). Este rey, que debe su trono a un sacerdote, trata de mostrar a todos, incluido el clero, que es el señor del lugar. No vacila en entrar en conflicto con el poderoso gremio sacerdotal a propósito del mantenimiento del templo (2 Re 12,5-17).

Durante su reinado, Jazael, rey de Aram, sale de campaña por Filistea y se dispone a subir hacia Jerusalén. Joás es obligado a pagar tributo (2 Re 12,18-19). La invasión aramea, tan lejos en el sur, indica que Jazael ha batido con anterioridad a Israel.

Según 2 Re 12,20-22, Joás es víctima de un complot militar. El Cronista, más sensible a las tensiones aparecidas entre el rey y el clero, presenta el asesinato del rey como una venganza del partido sacerdotal (2 Cr 24-25).

ISRAEL, BAJO LA AMENAZA ARAMEA (841-783)

El reinado de Jehú (841-814) se presenta mal: la obra socioeconómica de los omridas está destruida; las alianzas con Fenicia, rotas; Moab se ha liberado de la tutela israelita y los arameos amenazan la frontera nordeste. El nombre de Jehú aparece en una lista de tributarios de Salmanasar III (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 18), así como en el obelisco negro, en el que una escena representa a Jehú postrado ante Salmanasar III (*id.*, texto n. 19). En

estos dos documentos, el escriba asirio considera a Jehú como «hijo de Omrí», lo que claramente es un error.

En Damasco, un oficial arameo, Jazael, toma el poder por la fuerza entre el 845 y el 842 (1 Re 19,15-17; 2 Re 8,7-15). Este nuevo hombre fuerte inquieta a los asirios, que no llegan a darle el golpe decisivo y terminan por retirarse de la región durante un largo período: Gracias a esta retirada es como Jazael ataca Samaría y Judá, bajo los reinados de Jehú y de Joás (2 Re 9,14).

Los datos bíblicos sobre estas guerras arameas (aparecen entre 1 Re 20 y 2 Re 13) son especialmente confusos. La batalla de Ramot de Galaad, en particular, es objeto de relatos divergentes. Según 1 Re 22, es Ajab quien combate a los arameos con Josafat, rey de Judá. Ajab es herido y muere. Pero el examen atento del texto muestra que el nombre de Ajab ha sido introducido en un relato que ponía en escena a un rey de Israel anónimo. Según 2 Re 8,28, es Jorán quien resulta herido en Ramot de Galaad, y el rey de Judá que le acompaña es Acasías.

La opresión aramea llega a su pleno apogeo bajo Joacaz, primero con Jazael, que impone un tratado con cláusulas muy duras (1 Re 20,34), y después con Benadad III, que asedia Samaría (1 Re 20,1; 2 Re 6,24). Es Joás, hijo de Joacaz, quien hará retroceder a los arameos (2 Re 13,25). El nombre de Joás figura en una lista de tributarios de Adad-Nirari III (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 20 B).

UNA VENGANZA QUE ACABA MAL (2 Re 14,1-21 // 2 Cr 25)

Después del asesinato de Joás de Judá le sucede su hijo Amasías (2 Re 14,1-2). Liberado de la influencia omrida y de la presión aramea, Judá puede someter de

nuevo a Edom por la victoria de Selá, al sur del mar Muerto.

Palestina vuelve a encontrar sus dos reinos en plena recuperación. Pero subsiste entre ellos un contencioso no resuelto: el de los asesinatos del golpe de Jehú (2 Re 9,27-29; 10,12-14). Joás de Israel es un descendiente de Jehú, responsable del asesinato de Acazías de Judá y de algunos príncipes judaítas. Ahora bien, Amasías es un descendiente de Acazías de Judá. El arreglo de cuentas parece ser el motivo del desafío lan-

zado por Amasías a Joás (2 Re 14,8). La empresa será fatal para el rey de Judá. Derrotado y hecho prisionero en Betsémes, es conducido de nuevo a Jerusalén por su vencedor, que dismantela las defensas, se lleva una parte del tesoro del templo y del palacio, así como rehenes, y regresa finalmente a Samaría (2 Re 14,11-14).

Igual que su padre Joás, Amasías es asesinado después de un complot tramado contra él en Jerusalén. Es perseguido y asesinado en Laquis, adonde había huido (2 Re 14,19).

Renacimiento de Israel y de Judá en el siglo VIII

La primera mitad del siglo VIII conoce una relajación de la presión de las dos potencias, Asiria y Aram, lo que permite a los reyes de Israel y de Judá emprender una política de reconquista por todas partes y de progreso económico. Sus relaciones son establecidas de nuevo, después del desafío lanzado por Amasías a Joás, la derrota y la captura del rey de Judá en Betsémes y la incursión de Joás en Jerusalén, que se salda con un importante botín. Como en la época omrída, Israel mantiene prácticamente a Judá bajo su tutela. Las relaciones mejoran con Jeroboán II. La ausencia casi total de Asiria en la región palestina explica la escasa documentación para este período del 800 al 750, que se limita a los textos bíblicos y a los óstraca de Samaría.

EL MARCO INTERNACIONAL

Después de una última expedición de Adad-Nirari III en el 797 contra la ciudad aramea de Mansuate, Asiria desaparece de la escena occidental, enfrentada a otras

dificultades. Una única expedición contra Damasco tiene lugar en el 773. Después, Asiria es presa de una epidemia de peste y de una pérdida de poder. En el 746 estalla una revuelta en Kalhu que permite que triunfe el golpe de Estado de Tiglat-Piléser III. Con él, Asiria se convierte de nuevo en una amenaza para los países palestinos.

LAS RECONQUISTAS DE JEROBOÁN II

Las informaciones del reinado de Jeroboán II fijan como puntos extremos del territorio conquistado: Lebo-Jamat al norte, que ya era el límite septentrional del reino de Salomón (1 Re 8,65), y el mar de la Arabá (el mar Muerto) al sur. Amós utiliza una fórmula idéntica: «Desde Lebo-Jamat hasta el torrente de la Arabá», y se hace eco de las reconquistas israelitas en la época de Jeroboán II, sin duda al comienzo del reinado, ya que hacia el 760 Amós habla de ello como algo realizado (Am 6,13-14).

LOS ÓSTRACA DE SAMARÍA

Los óstraca de Samaría, encontrados en el palacio real de esta ciudad durante las excavaciones de 1910 y 1931-1935, escritos durante la primera mitad del siglo VIII, en un número de 103 (de los cuales 70 son legibles), constituyen un conjunto de documentos económicos (piezas de contabilidad) que nos informan sobre la administración del patrimonio real bajo Jeroboán II. Estos documentos son limitados y no conciernen más que a un aspecto de la vida del reino. Sin embargo, muestran la importancia del patrimonio real y plantean la cuestión de saber cómo pudo constituirse este patrimonio. El ejemplo de 1 Re 21 permite pensar que no son inverosímiles los tratos y expolios.

AMÓS, TESTIGO DE LA ÉPOCA

Amós, testigo de la prosperidad y de las injusticias de su tiempo, el de Ozías y Jeroboán II, originario de Técoa, en Judá, profetiza en Betel, santuario real de Israel. Denunciado como conspirador contra Jeroboán II, en razón de su predicación antiisraelita, se le insta a que vuelva a Judá. El librito de Amós, completado y reelaborado después, proporciona un panorama bastante completo sobre la vida nacional e internacional. Es famoso, sobre todo, por su crítica de la sociedad israelita, tal como se encuentra en 2,6-13; 3,9-11.15; 4,1-3; 5,10-12; 8,4-6. Su concepción fundamental de la propiedad territorial es que la tierra es intocable. La legislación clánica parece haber hecho que reinara una cierta igualdad entre las familias. El orden social descansa sobre la existencia de parcelas de tierra repartidas por las autoridades del clan, haciendo de los israelitas de origen campesinos agricultores-ganaderos. Las nuevas cargas del Estado monárquico (fiscalidad, ejército, patrimonio, etc.) modificaron este reparto, creando tensiones entre el orden social y el orden monárquico, las clases de funcionarios y las clases de mercaderes y comerciantes.

Las excavaciones de Tell el Farah (Tirsá) muestran que en los siglos X y IX todas las casas están construidas con la misma planta: no se pueden distinguir ricos y pobres. Pero en los siglos IX y VIII aparece un contraste entre un barrio pobre y las casas ricas, bien construidas con piedra tallada, con un muro para separarlas del resto de la ciudad.

¿Qué datos se pueden extraer del libro de Amós sobre las condiciones de vida, los problemas socioeconómicos y las categorías sociales? ¿Cuál es, en última instancia, la predicación de Amós y su argumentación a este respecto?

Am 8,4-5 defiende que la gente pueda comprar trigo. Lo que él denuncia es la actitud que consiste en sacar el máximo dinero posible de la venta. En 5,11, el indigente consigue su parte de trigo, pero es víctima de una deducción que beneficia a otros. En 5,12, el pobre puede defender sus derechos en la puerta de la ciudad (en el tribunal de los ancianos), pero es avasallado por explotadores y defraudadores. Se trata, por tanto, de pequeños propietarios de terreno, ciudadanos ordinarios del reino, productores de bienes y habitualmente sometidos a una tutela (matrimonio, culto, guerra, justicia). Están gravados por la administración real y son presa de comerciantes, hasta el punto de caer en el estatuto de esclavos (2,6; 8,6).

Amós no trata casos particulares; defiende los derechos del ciudadano ordinario, cabeza de familia. Si estos derechos son escarnecidos, la sociedad entera se debilita, incluso aunque no haya guerra. El justo (2,6; 5,12) designa al cabeza de familia, que hace sus contribuciones al reino y asume las obligaciones que le corresponden. En 2,6 es vendido por dinero, porque ya no puede pagar; en 5,12 es avasallado en la puerta, pues sólo los ricos ganan los pleitos.

Según Am 5,24, el derecho debe brotar «como el agua» de la fuente, y la justicia, «como río inagotable». En 6,12, el orden cósmico es incompatible con un de-

recho que se transforma en veneno, y el fruto de la justicia en amargura. El orden cósmico y el orden social son inseparables, y esta concepción es común en la antigüedad. Lo que fundamenta el juicio de Amós es la conexión entre lo jurídico, lo socioeconómico y lo cósmico; todo desorden contraviene las disposiciones divinas.

EL REINADO DE OZÍAS / AZARÍAS (781-740)

Este rey de Judá lleva un doble nombre; la explicación más frecuente considera Azarías como nombre de nacimiento y Ozías como nombre de coronación. La lepra del rey (2 Re 15,5), que supone su exclusión, puede explicar la coregencia de su hijo Jotán, de la que se trata en las informaciones que hablan de Ozías. Este rey habría recobrado así su nombre de nacimiento y perdido su nombre de coronación. El reinado de Ozías / Azarías es absolutamente beneficioso para el reino de Judá.

Los trabajos en Jerusalén

2 Cr 26,9 menciona la construcción y fortificación de torres en la muralla de Jerusalén. La mención de la torre del Ángulo hay que relacionarla con 2 Re 14,13, que describe las destrucciones ocasionadas por Joás de Israel.

La valoración del desierto de Judá

2 Cr 26,10 relata la construcción de torres y cisternas en el desierto, ofrece detalles sobre los diversos sectores de la actividad agrícola promovida por el rey y precisa que «era muy amante de la agricultura». Esto supone la constitución de un patrimonio real, un perso-

nal numeroso y una política determinada. La arqueología confirma estas instalaciones en el desierto con excavaciones de cisternas. En algunos lugares, las excavaciones muestran que ninguna obra es anterior al siglo VIII, lo que indica nuevas fundaciones en esta época. El texto de Jos 15,61-62 podría proporcionar la lista de algunas de estas instalaciones en el desierto.

La reorganización del ejército

2 Cr 26,11-15 elogia la organización militar bajo Ozías. El v. 15 menciona la invención de una máquina de guerra cuyas cualidades balísticas merecen ser subrayadas. Sin embargo, no se trata de la catapulta. Las representaciones asirias del asedio de Laquis muestran en la cima de las torres estructuras de madera con salientes desde donde era posible desviar las piedras en los ángulos muertos.

La reconstrucción de Eilat

El éxito de Amasías contra Edom queda sin continuidad en razón de las consecuencias del desgraciado desafío lanzado por este rey a Joás de Israel (2 Re 14,22 // 2 Cr 26,1). El texto no habla de reconquista, sino de reconstrucción. Ozías reemprende la política de Josafat: asegurar una salida al mar por el sur. Eilat debe hallarse cerca de Asiongáber.

El control del sur

En el suroeste, Ozías desmantela las defensas de tres ciudades filisteas: Asdod, Yabne y Gat, y restaura varios puntos en la región de Asdod (2 Cr 26,6). En el sur, hace frente a árabes y meunitas (2 Cr 26,7). Los meunitas son caravaneros que aseguran el tráfico entre Siria y Arabia. Ozías quiere controlar la ruta norte-sur en esta región. En el sureste, Ozías somete a tributo

a los amonitas (2 Cr 26,8). Después de estas operaciones, Judá controla toda la zona meridional «hasta Egipto» (v. 8).

La enfermedad del rey y la corregencia

Los datos de 2 Re 15,5 se desarrollan en 2 Cr 26,16-23, que interpreta la lepra del rey como un

castigo divino. La exclusión de la vida pública consiguiente a esta enfermedad está claramente indicada por la fórmula «vivía en una casa aislada» (2 Re 15,5). La corregencia de su hijo Jotán está igualmente bien atestiguada: es mayordomo de palacio, el cargo administrativo judaíta más alto, y gobernaba al pueblo, lo que implica que no es rey. La fecha de la enfermedad del rey, y por tanto de su «retiro», habría que situarla entre los años 751-750.

El final del reino de Israel (747-722)

EL MARCO INTERNACIONAL

En Asiria, Tiglat-Piléser III (745-727) se encuentra con una situación difícil. El ejército cuesta caro, y debe ser rentabilizado. La estrategia consiste en someter a los reinos a vasallaje, con tributos anuales impuestos mediante intimidación. El menor signo de rebelión es inmediatamente castigado con una rápida intervención militar. Los castigos son entonces despiadados: deposición del rey y de su dinastía, reemplazamiento por un rey favorable a la política asiria y amputación territorial del vasallo, siendo los territorios anexionados reorganizados en provincias asirias. En caso de coalición contra Asiria, la intervención llega hasta la pérdida de la soberanía, la anexión total y la deportación de la elite de la población. Las intervenciones comienzan en Arpad, hacia el 744.

El sucesor de Tiglat-Piléser III, Salmanasar V (727-722), es rey de Asiria y de Babilonia. Es él quien asedia Samaría en el 722. En el 720, Sargón II, su sucesor, vuelve a Samaría y deporta a la población.

En esta época, Egipto está dividido entre dos ramas dinásticas rivales, una en el delta y otra en el sur. Desde la época de Tiglat-Piléser III, varios textos asirios comienzan a mencionar a Egipto.

Entre el 740 y el 730 no existe una autoridad centralizada en Egipto, lo que explica la imposibilidad de una intervención en Palestina. Israel no pudo buscar el apoyo egipcio más que después del 730, bajo el reinado de su último rey, Oseas.

Os 7,11 y 12,2 citan a Egipto como un aliado posible para Israel. El último texto denuncia incluso el doble juego de Efraín, que consiste en establecer una alianza con Asiria entregando aceite a Egipto.

LOS SUCESESORES DE JEROBOÁN II

Con la muerte de Jeroboán II se acaba la dinastía de Jehú, la más larga del reino de Israel (841-747), ya

que su hijo Zacarías es eliminado el mismo año por Salún (2 Re 15,10). En menos de un año se suceden tres reyes en Samaría: Zacarías (6 meses), Salún (1 mes) y Menajén, cuyo reinado recobra una duración normal (10 años). Este período conoce, por tanto, algunos disturbios consiguientes a la acumulación de tensiones bajo el fuerte régimen de Jeroboán II. Es igualmente el del derrumbamiento rápido y definitivo del reino de Israel, tan sólo alrededor de 25 años después del final de un reinado que, sin embargo, figura entre los más gloriosos de su historia.

El reinado de Menajén (746-736)

El tributo pagado a Ful –nombre dado por la Biblia a Tiglat-Piléser III– está bien documentado, tanto en las informaciones bíblicas relativas al reinado de Menajén como en las listas asirias de los tributarios de Tiglat-Piléser III (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, textos nn. 23 A y B). Según 2 Re 15,19, el tributo se eleva a 1.000 talentos de plata, una suma muy elevada que, según 2 Re 15,20, fue recaudada «imponiendo tributos a todos los ricos de Israel», a razón de 50 siclos de plata por cabeza, lo que supone 60.000 contribuyentes. Los verbos de 2 Re 15,19 son muy precisos: Menajén da el dinero a Ful «para que le ayudase a consolidar el poder real», y hace, por tanto, acto de vasallaje hacia el poder asirio. Este tributo de Menajén es confirmado por los documentos asirios.

El reinado de Pecajías (736-735)

El hijo de Menajén desaparece rápidamente, víctima a su vez de un nuevo golpe fomentado por Pécaj, un militar que fue investido en el palacio real de Samaría. Las noticias de 2 Re 15,25 nos informan de que Pécaj tenía con él «cincuenta hombres de Galaad». Esta breve información deja entrever una de las causas de la inestabilidad crónica del reino de Israel: las tensiones regionales, incluso tribales.

El reinado de Pécaj (735-732)

Contrariamente a la política de sus predecesores, Pécaj se compromete en una coalición con Rasón (o Rasín) de Damasco contra Asiria y contra Judá, que rehúsa entrar en esta alianza. Los dos reyes asedian Jerusalén bajo Acad. Es la llamada guerra «siro-efraimita», sobre la que volveremos más adelante.

Frente a la coalición formada por Damasco y Samaría, Asiria reacciona rápidamente. Desde el 734, Tiglat-Piléser III vuelve a Siria, va por la orilla del mar y avanza hasta Gaza, haciendo imposible cualquier apoyo egipcio a la coalición. En el 733, Tiglat-Piléser III asedia Damasco y se apodera de ella en el 732. Después invade Israel.

El territorio israelita sufre enormes amputaciones, con la anexión y constitución de tres provincias asirias: Dor, Meguidó y Galaad (*cf.* la lamentación de Is 8,23 sobre Zabulón y Neftalí). Además de las pérdidas territoriales, 2 Re 15,29 da cuenta de una primera deportación a Asiria. A Israel ya no le queda más que Samaría y sus alrededores.

El complot dirigido contra Pécaj por Oseas (2 Re 15,30) es apoyado por Asiria, como lo confirma un texto asirio relativo a una campaña de Tiglat-Piléser III llevada a cabo hacia el 734 (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 25). La Biblia y la documentación asiria coinciden, por tanto, en el hecho de que el último rey de Israel es un protegido de Tiglat-Piléser III.

OSEAS, TESTIGO DE LA ÉPOCA

Oseas es un testigo importante de la crisis de este tiempo en el que la lucha por el poder real indica un malestar más profundo. ¿Cuáles son, por tanto, las causas de esta crisis que desemboca tan rápidamente en la ca-

tástrofe? La documentación sigue siendo fragmentaria y la visión profética de Oseas es parcial. Hay que tener en cuenta dos indicaciones cronológicas: Oseas parece profetizar después de la muerte de Jeroboán II (747) y su libro ignora la caída de Samaría (722).

Según algunos historiadores, Os 4-14 formaría un conjunto que se remonta al reinado de Menajén. En efecto, esta sección menciona alianzas que Samaría podría concluir bien con Asiria, bien con Egipto (Os 7,11; 12,2), o alianzas concluidas con Asiria (Os 5,13; 14,4). El horizonte político es, por lo tanto, anterior al del reinado de Pécaj, caracterizado por su hostilidad hacia Asiria.

La crítica de la política

¿Se trata de una crítica global o de una crítica dirigida contra un rey concreto? Os 1,4-5 condena de forma inequívoca las masacres de Jezrael, que están en el origen del reinado de Jehú y de su dinastía (2 Re 9,1-37). El profeta distingue en varias ocasiones entre la «casa de Israel» y la «casa de Jehú» (Os 1,6; 5,1; 6,10; 12,1). En Os 5,1 distingue tres componentes: los sacerdotes, la casa de Israel y la casa del rey, es decir, los sacerdotes, los jefes del pueblo y la casa real. Os 7,1-10 es un ataque contra la fiesta que señala el aniversario de la coronación (*cf.* Is 28,7), y llama a no solidarizarse con esta celebración. Os 8,4 denuncia un régimen político religiosamente desviado.

Oseas es un profeta político. Para él, la salvación se acomodaría muy bien a la abolición de la monarquía. Las alianzas son estériles, lo esencial se ha olvidado. Aunque los textos de Os 2,2 y 3,5 son auténticos, se debe concluir de ellos que, para este profeta, el futuro del pueblo ya no puede pasar por una reunificación, pues la guerra siro-efraimita contra Jerusalén destruye esta esperanza. Además, Os 5,5.10; 6,11; 8,14 apuntan igualmente a Judá. No se nombra ningún rey de Judá; Os 5,10 los menciona en bloque, en plural.

La crítica del culto

Ya no es como bajo Ajab, cuando había que elegir entre Yahvé o Baal. Oseas afronta la «baalización» de Yahvé, especie de materialismo baalista. Su vocabulario naturista se explica por una argumentación que quiere atribuir a Yahvé lo que el pueblo atribuye de hecho a los baales. Es él quien forja la expresión «tierra de Yahvé» (Os 9,3, retomado bajo la forma «mi tierra» por Jr 2,7; 16,18). Se trata de una teología de bienes terrenos —que no es todavía una teología de la creación— más cercana a la confesión de fe de Israel de esta época.

Os 2,15 menciona a los amantes de la esposa y a los baales. Este término, que significa «poseedor, dueño, marido», designa a todas las divinidades locales veneradas en las diferentes ciudades del país (topónimos con Baal). La fórmula «los días de los baales» no designa la época en que se honraba a los baales, sino los días de fiesta en su honor, con procesiones («correr detrás»), es decir, ajustar el paso tras las imágenes culturales. Las celebraciones incluían ofrendas vegetales que eran quemadas (Os 4,13; 11,2). Se observará que Os 2,13 menciona un calendario de fiestas que parecen yahvistas, y Os 2,15, las fiestas cananeas. El regreso al desierto, que implica la ausencia de producción de bienes agrícolas, es la única terapia considerada por el profeta para poner fin al sincretismo cultural. Así, Os 2,18-19 profetiza sobre el futuro de las relaciones religiosas de Israel con las divinidades, que pasarán de los baales a Yahvé.

Los sacrificios por combustión de ofrendas son baalistas: se hacen en la cima de las montañas y de las colinas, lo que confirma la antigua toponimia. Los árboles desempeñan siempre una función en este punto en razón de su tamaño, su perfume y sus persistentes hojas (Dt 12,2; Jr 2,20: colinas, árboles verdes, prostitución). La prostitución sagrada denunciada en Os 4,14 parece imputable a los sacerdotes, pero Oseas emplea normalmente una palabra especial para designar

al sacerdote de Baal (cf. Os 10,5: falsos sacerdotes o clerigalla).

Oseas es aún testigo de algunas infiltraciones de prácticas baalistas en el culto de Yahvé. Las lamentaciones y los cortes (Os 7,14) son prácticas baalistas, y no yahvistas. El verbo para hacer una incisión es el mismo que en 1 Re 18,28, en que los profetas del baal se hacían cortes a golpe de espada y de lanza, según sus costumbres. Este rito de duelo (cf. Dt 14,1, que lo prohíbe) expresa la muerte del baal en la estación seca y su regreso a la vida después de las primeras lluvias. En Os 7,14 no se trata de obtener los bienes agrícolas del baal, sino de Yahvé. Por tanto, existe una contaminación ritual.

El culto del becerro (Os 10,5; 8,4-6; 13,1-2) es objeto de una virulenta crítica. Betavén designa a Betel, y el término «clerigalla» se opone a los verdaderos sacerdotes. La expresión «hacer duelo» por el becerro indica una práctica baalizada.

Oseas no conoce más que el culto de un becerro, el de Betel, y no el de Dan. Este singular forma parte de la tradición bíblica (Ex 32,4; Dt 9,16; Sal 106,19; Neh 9,18). Polemiza con ironía y virulencia contra un culto considerado como baalizado. Esta polémica es nueva, pues el culto de los becerros no fue criticado ni por Elías ni por Eliseo, ni reprimido por Jehú. Esta nueva manera de ver las cosas pudo imponerse hacia el 750.

LA POLÍTICA JUDAÍTA: JOTÁN Y AJAZ

El reinado de Jotán (740-735)

El reinado personal de este rey puede ser situado entre el 740 y el 735. Is 6 es datado en la muerte de Ozías, en el 740 (v. 1). La información menciona igual-

mente el comienzo de la guerra siro-efraimita (v. 37). ¿Se trata de un dato situado en su justo lugar o de una anticipación? Según Is 7,1, la coalición de Rasín y Pécaj contra Judá no se formaliza más que bajo Ajaz.

El reinado de Ajaz (735-728/716)

El relato de la guerra siro-efraimita (2 Re 16,5) retoma los datos de 2 Re 15,37 y los prolonga al mencionar un asedio infructuoso de Jerusalén por los dos coligados, Rasín y Pécaj. 2 Cr 28,5-8 da cuenta de serios reveses sufridos por Judá en esta ocasión, pero el género del texto no permite una apreciación histórica suficientemente firme. Is 7,1 emplea los mismos términos que 2 Re 16,5, pero en Is 7,6 nos enteramos de que los coligados quieren apoderarse de Jerusalén para deponer al rey y sustituirle por «el hijo de Tabel», personaje del que no sabemos nada.

El contexto histórico de esta guerra no es fácil de precisar. El punto final es ciertamente la toma de Damasco en el 732 y la caída de Pécaj, que parecen castigar la coalición. Estos dos acontecimientos están atestiguados a la vez por la Biblia (2 Re 16,9; 2 Re 15,29-30) y los textos asirios (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, textos nn. 24 y 25). Según los datos bíblicos, la guerra comienza bajo Jotán, hacia el 735 como muy tarde. Tiglat-Piléser III no interviene en Palestina más que a partir del 734, en la frontera egipcia, en tierra filisteas (*id.*, textos nn. 24 y 26). 2 Re 16,6 menciona la toma de Eilat por Edom entre el ataque de Judá por la coalición (2 Re 16,5) y el acto de vasallaje de Ajaz hacia Tiglat-Piléser III (2 Re 16,7). Esta presentación bíblica de los acontecimientos conduce a una representación clásica de la guerra siro-efraimita según la cual la expedición asiria del 734-732 es una respuesta a la llamada de socorro lanzada por Ajaz. Esta guerra, que quedó truncada pronto, quizás en razón del avance asirio del 734 o del 733, no aparece más que como un acontecimiento menor. El interés que le con-

cede la Biblia proviene de su aspecto fratricida, tema apreciado por el libro de los Reyes.

El acto de vasallaje

El hecho de la sumisión de Ajaz, sugerido por la fórmula de 2 Re 16,7: «Soy tu siervo e hijo», está atestiguado por una lista de tributarios de Tiglat-Piléser III (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 27). En 2 Re 16,10 se narra un encuentro entre éste y su vasallo Ajaz en Damasco; este encuentro pudo producirse hacia el 732, después de la rendición de la ciudad y la eliminación de Rasín.

No conocemos nada preciso sobre Judá después del 732. Es verosímil que se ejercieran presiones por parte de sus vecinos para sacudirse el yugo asirio, pero Judá parece haber respetado su vasallaje. En el 731-729, Asiria debe afrontar la revuelta babilonia. En el 727, Tiglat-Piléser III muere y le sucede Salmanasar V. En Samaría, Oseas, el último rey de Israel, negocia con Egipto, y Judá se mantiene aparte. En el 722, poco después de la toma de Samaría, Sargón II sucede a Salmanasar V. Con ocasión de este cambio de reinado, Merodak-Baladán se proclama rey de Babilonia. Tras un combate no decidido en Babilonia, Sargón II interviene en el oeste, desde Arpad hasta Rafia, en la frontera egipcia, donde se lleva a cabo, sin duda, el primer enfrentamiento histórico entre Egipto y Asiria.

En el 716, Sargón II está a las puertas de Egipto, pero las dos potencias sellan un acuerdo económico que lleva la tranquilidad a la región. Esta situación es interpretada como una debilidad asiria por Azuri, rey de Asdod, que se rebela en el 713. Algunos piensan que Judá pudo ser arrastrado en el movimiento. Pero los documentos asirios permanecen mudos sobre una presión contra Judá, Moab y Edom, que pagan regularmente sus tributos. Sólo Is 20,1-6 parece hacerse eco

de la tentación egipcia, que eventualmente fue la de Judá en este período.

El advenimiento de Ezequías (728/716)

¿En qué fecha comienza el reinado de Ezequías? En efecto, la Biblia proporciona dos cronologías incompatibles. La de la información de 2 Re 18,1-2, combinada con los datos de 2 Re 18,9-10, permite considerar el 729/727 para el comienzo del reinado. La que se deduce de 2 Re 18,13, confirmada por 2 Re 20,6, termina en el 716/714. La mejor hipótesis que integra las dos cronologías es la de una coregencia de Ezequías entre el 729/727 y el 716/714, habiendo reinado Ezequías él solo del 716/714 al 700/698. Parece que una cronología «oficial» hubiera querido considerar a Ezequías como contemporáneo de la caída de Samaría, y que otra cronología, la de 2 Re 18,13, confirmada por 2 Re 20,6, hiciera comenzar el reinado después de este acontecimiento.

ISAÍAS Y OSEAS, TESTIGOS DE LA ÉPOCA

Is 8,6 denuncia el miedo del pueblo ante Rasín y «el hijo de Romelías» (Pécaj); Is 7,1-13 da cuenta de la falta de fe del rey y anuncia la derrota de la coalición. La convicción profética descansa sobre la promesa dinástica judaíta y sobre la realeza de Yahvé. Isaías no propone ninguna solución política o militar, y su mensaje parece incitar a la pasividad. Sin embargo, su análisis de la situación se revela ante los historiadores como acertado, pues los hechos le dieron la razón.

Os 5,8-10 parece referirse a esta guerra, aunque sólo hable de Efraín y nunca de Aram. El «desplazamiento de los linderos» por los jefes de Judá le lleva sin duda a endurecer su posición. Aparece claramente una

tensión entre los libros de Oseas y de Isaías, que presentan un discurso diversificado en función de los contextos socio-políticos propios de cada uno de los reinos. El tono projudáita que viene a veces a moderar las palabras de Oseas es, sin duda, imputable a una reelaboración judaíta tardía de los escritos de Oseas. En efecto, para los escribas posteriores se trata de armonizar la Palabra profética, la cual, provocada por los acontecimientos, queda marcada por sus particularidades.

LA CAÍDA DE SAMARÍA

El rey Oseas (732-724)

Hereda una situación muy gravosa. Protegido de Tiglat-Piléser III, este rey va a oponerse a la política antiasiria de su predecesor Pécaj, al menos en un primer momento. A la muerte del soberano asirio (727), Oseas va a intentar sacudirse el yugo, como el rey de Tiro y una parte de Fenicia. En el 725, el nuevo rey asirio, Salmanasar V, asedia Tiro y después sube contra Israel (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 28), y Oseas hace acto de vasallaje (2 Re 17,3). En el 724, Oseas negocia con So, rey de Egipto, y rechaza pagar el tributo anual a los asirios (2 Re 17,4). Pero pronto es hecho prisionero. Después de un asedio de tres años, Samaría es tomada y la población es deportada a Asiria (2 Re 17,4-6).

La versión bíblica de los acontecimientos exige algunos complementos en razón de la importante documentación asiria. En el 722, año de la toma de Samaría, Sargón II sucede a Salmanasar V. Este último no tuvo tiempo de decidir la suerte de Samaría, y Sargón II no interviene en el oeste antes del 720. Con ocasión de este cambio de reinado, el rey de Jamat, Yaubidi (o Ilubidi), se coliga con Arpad, Simirra, Damasco y Samaría —que por tanto aún no está definitivamente arrasada—. Así pues, es a Sargón II a quien hay que impu-

tar el castigo definitivo de la capital de Israel, seguido de una deportación masiva en el 720.

Las deportaciones

La Biblia menciona varias deportaciones. Ya hemos señalado la que tuvo lugar al final del reinado de Pécaj, en el 732 (2 Re 15,29). La del 720 (2 Re 17,6 // 2 Re 18,11) parece más importante. Entre las fuentes asirias, *Los Fastos (Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 29 B) dan la cifra de 27.290 habitantes deportados, y el *Prisma de Nimrod (íd., texto n. 29 A)*, 27.280. Los lugares de deportación mencionados por la Biblia —«Jalaj, junto al Jabor, río de Gozán, y en las ciudades de Media»— remiten al este de la Alta Mesopotamia. En sentido inverso, son introducidas en Samaría poblaciones extranjeras originarias «de Babilonia, de Cutá, de Avá, de Jamat y de Sefarvaín» (2 Re 17,24; cf. 2 Re 18,34; 19,13). Estos datos concuerdan con lo que sabemos por otras fuentes de las dificultades encontradas por la política asiria tanto en Mesopotamia como en Siria.

La Biblia, por el contrario, ignora las deportaciones a Samaría de poblaciones originarias del sur, de las que se trata en los Anales de Sargón II (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 32 A).

La arqueología muestra que varias ciudades israelitas fueron reducidas en dimensiones, incluso abandonadas, concluyéndose de ello una importante disminución de la población. En Judá, por el contrario, en la misma época se constata un crecimiento demográfico, que se atribuye a la afluencia de refugiados. En la época de Ezequías, Jerusalén desarrolla un nuevo barrio, sobre la colina oeste, y las tradiciones del norte llegarán a confrontarse con las de Judá. Las dificultades posteriores con los samaritanos, mencionadas desde 2 Re 17,24-41, proceden también del recuerdo de la introducción de todas estas poblaciones extranjeras en el antiguo territorio del reino de Israel.

EL REINO DE JUDÁ

(716-587)

Ezequías y la invasión asiria

EL REINADO DE EZEQUÍAS (716-698)

Favorablemente juzgado por el libro de los Reyes por su reforma religiosa, Ezequías es una figura compleja que ciertamente alimentó grandes ambiciones en el plano internacional. Del rebelde que fue ante la opresión asiria, la dureza de su época le hizo testigo desengañado del dismantelamiento de Judá y del aislamiento de Jerusalén. Para la cuestión del comienzo de su reinado, *cf.* p. 44.

Los trabajos

Antes de los trabajos emprendidos por Ezequías, el aprovisionamiento de agua de Jerusalén podía hacerse desde el interior de la ciudad por los Pozos de Warren y por el Canal de Siloé, que rodea el Ofel. Este canal, excavado en la roca a finales del siglo VIII, permitía la llegada de agua de la fuente de Guijón al interior de las murallas, bajo la ciudad. Era una medida preventiva con vistas a un largo asedio. De esta obra se trata en 2 Re 20,20 // 2 Cr 32,30; Eclo 48,17. La llamada inscripción de Siloé, descubierta en 1880 (hoy en Estambul), puede ser datada, por su grafía, en esta época. Estaba grabada en la pared, cerca de Siloé, y narra la unión de

los dos equipos de mineros que excavaban en dirección opuesta uno del otro (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 35). Según esta inscripción, el túnel medía 1.200 codos, o sea, 540 metros (un codo = 0,45 metros), y se encontraba a una profundidad de 100 codos, es decir, 45 metros. La atribución de la obra a Ezequías es unánimemente aceptada.

2 Cr 32,5 e Is 22,8b-11 dan a entender que todos los trabajos fueron llevados a cabo con prisas, sin duda bajo la amenaza asiria. Además, hay que subrayar que, en las Crónicas, los buenos reyes son frecuentemente constructores. El desarrollo demográfico es muy importante en Judá a finales del siglo VIII y a comienzos del VII. Se crearon nuevas ciudades, como Engadí, y otras que estaban abandonadas fueron agrandadas y reocupadas, como Betsur.

La reforma político-religiosa

Las informaciones del reinado presentan a Ezequías como un reformador (2 Re 18,4). La destrucción de los santuarios de los altozanos mencionados por 2 Re 18,4.22 es verosímil. Conocemos en Arad y en

Berseba (Tell-Sebá) templos que fueron destruidos a finales del siglo VIII. Un santuario de un altozano no era más que una simple plataforma al aire libre acondicionada en la cima de las colinas. Podía ser un verdadero complejo urbano, con construcciones, patios y objetos cultuales, tales como el poste sagrado y las piedras levantadas, que encontramos en todas las tradiciones bíblicas antiguas (Gn 28,18.22; 31,13; 35,14; Os 3,4; 10,1.2). Todos estos objetos son cananeos, y su legitimidad comienza a ser contestada hacia el 750 (cf. Dt 16,21-22). La serpiente de bronce (Nm 21,4-9) es también un objeto cananeo, quizás de origen madianita. En Tell-Sebá se ha encontrado una serpiente grabada sobre una piedra de altar (reutilizada como piedra de construcción hacia finales del siglo VIII).

Fuera del Templo de Jerusalén, cualquier santuario es considerado desde entonces como un santuario de altozano. El aspecto centralizador de la reforma de Ezequías tendría así una base religiosa: se trata de mantener la unicidad de Yahvé frente a un Baal multiforme. Pero el carácter político de esta medida es evidente, ya que refuerza el dominio real sobre el culto. La reforma de Ezequías debe ser mantenida como histórica.

La revuelta antiasiria

Relativamente bien documentada, tanto en la Biblia como en los textos asirios y Herodoto, la tercera campaña de Senaquerib plantea un buen número de problemas, precisamente por la misma abundancia de los testimonios.

En 2 Re 18,13-16 encontramos un relato de invasión-liberación que narra los hechos sin complacencia para Ezequías. Podemos deducir de él que Senaquerib realizó una sola campaña en el 701, cuya finalidad era someter a Ezequías. A lo largo de esta campaña fueron tomadas todas las ciudades judaítas, con excepción de Jerusalén. Desde aquí, Ezequías capituló «por correspondencia», haciendo llegar su decisión a Laquis, don-

de se encontraba Senaquerib. Fue obligado a pagar tributo. Todo esto es confirmado por la documentación asiria (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, textos nn. 36 A y B; 37).

El antiguo texto de 2 Re 20,12-13 supone un contacto entre Ezequías y Merodak-Baladán que hay que situar durante los nueve meses de reinado de Merodak-Baladán en el 703, cuando Ezequías solo toma la iniciativa de la revuelta antiasiria en el suroeste palestino.

Los documentos asirios

Los textos del Cilidro Rassam y del Prisma de Chicago permiten seguir las operaciones según la versión asiria de los acontecimientos (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 36 A). En un primer momento, la campaña se desarrolla desde Fenicia hasta Asdod. Después encontramos a Amón, Moab y Edom. Más tarde, las cosas parecen complicarse en los accesos de Filisteia. Padi, rey de Ecrón, fue entregado a Ezequías. Se formó una coalición tras una llamada de socorro a Egipto. Se entabló una batalla en Eltequé, que el texto asirio presenta, parece que por razones de propaganda, como una victoria sobre la coalición. Eltequé y Timná son tomadas. Padi es restablecido como rey en Ecrón; después, Senaquerib emprende una acción punitiva contra Ezequías durante la cual son tomadas 46 ciudades, lo que se corresponde con el texto bíblico (2 Re 18,13), y son capturadas 200.150 personas. El territorio de Judá es desmantelado, siendo sus ciudades repartidas entre Asdod, Ecrón y Gaza. El tributo impuesto a Ezequías, 30 talentos, se corresponde con la versión bíblica (2 Re 18,14).

La concordancia entre los documentos asirios y el texto bíblico es satisfactoria en algunos puntos importantes: la función promotora de Ezequías en la región, la dominación judaíta sobre una parte de Filisteia, la invasión de Judá por los asirios, la ausencia de asedio y de conquista de Jerusalén, el mantenimiento de Ezequías

en el trono judaíta y la cifra del tributo. Cuando los anales asirios (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 36 A) hacen decir a Senaquerib: «Yo le encerré en Urualim, su ciudad real, como un pájaro en la jaula; erigí contra él fortificaciones y le prohibí salir por la puerta principal de su ciudad», podemos entender que Ezequías fue simplemente «retenido» en Jerusalén.

El bajorrelieve de Nínive (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 37) confirma la toma de Laquis y la presencia de Senaquerib en esta ciudad, donde recibió a los emisarios portadores de la capitulación de Ezequías (2 Re 18,14). Los resultados de excavaciones recientes en el nivel III de Laquis permiten alcanzar los restos arqueológicos del asedio y la batalla del 701. Hay que fijarse especialmente en la concentración de puntas de flecha en la zona de la rampa de asedio habilitada por los asirios.

La preparación diplomática de la revuelta

La embajada de Merodak-Baladán (Marduk-apal-id-dina), rey de Babilonia, es la huella bíblica de contactos históricos entre dos oponentes al régimen asirio, uno mesopotámico y el otro judaíta. La iniciativa es tomada por la parte babilónica, y es Ezequías quien la recibe. Según 2 Re 20,13, parece que esta visita tuvo como finalidad la evaluación del potencial económico y militar judaíta. Merodak-Baladán es un reincidente, ya rey de Babilonia del 722 al 709 bajo Tiglat-Piléser III. Destrona a Marduk-zakir-sumi en el 703 y trata de aliarse con los oponentes del suroeste del imperio. La posible horquilla mediante sus contactos con Ezequías es extremadamente restringida, ya que nueve meses más tarde, siempre en el 703, Senaquerib emprende su primera campaña contra la coalición de caldeos, arameos, babilonios y elamitas formada en torno de Merodak-Baladán, batiéndola y poniendo en fuga a su jefe. La tenaza preparada contra Asiria no funcionó.

La guerra filisteá (2 Re 18,8)

Atestiguada a la vez por el Cilindro Rassam (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 36 A) y por el libro de los Reyes, la intervención judaíta en Filisteá, más precisamente en Ecrón, es histórica. La política de Ezequías parece clara: se trata de arrastrar a los filisteos a la revuelta contra Asiria y de reforzar las posiciones de la Sefelá mediante la anexión de algunas ciudades filisteas. No toda Filisteá estuvo sometida a Jerusalén, sino solamente Ecrón, ya que Asdod estuvo sometida a Asiria y Gaza recibió una parte de las ciudades judaítas después del desmantelamiento del territorio de Judá, sin duda como recompensa a su fidelidad.

La invasión asiria

Del estudio de los textos debemos concluir una única campaña de Senaquerib contra Judá en el 701. Lo más sencillo consiste en admitir que el rey asirio se retiró de la región porque consideró conseguidos sus objetivos: soberanía asiria restablecida sobre Fenicia, Filisteá y Judá, y medidas preventivas para debilitar el poder judaíta, sin por ello anexionarlo, dejando a la región con un estatuto de zona-tampón entre el Imperio asirio y Egipto. Jerusalén y su rey, lo mismo que las ciudades filisteas sometidas a Asiria, no tenían que temer la pérdida de su soberanía.

ISAÍAS Y MIQUEAS, TESTIGOS DE LA ÉPOCA

Is 18,1-2.4: oráculo dirigido contra Egipto después del 716, ya que cita a Cus (Nubia). Del mismo modo, Is 30,6b-8 ataca la debilidad de Egipto, designado aquí por Rahab. Is 30,1-5 y 31,1-3 apuntan a la diplomacia judaíta, que trata de entrar en una alianza inútil y peligrosa.

Is 22,8b-11 y 30 15,17 son representativos del auténtico pensamiento del profeta en la época. En 22,8b-11, Isaías denuncia los preparativos militares, incluidos los trabajos hidráulicos de Jerusalén, que han sido llevados a cabo en detrimento del pueblo, mientras que nadie se ha vuelto hacia Yahvé. Igualmente, Is 30,15-17 denuncia la estrategia puramente militar, que no puede terminar más que en derrota. Habría sido necesario tener confianza.

Is 28,7b-13.14-18 ataca la conducta de los responsables judaítas. El célebre oráculo sobre la piedra angular puesta en Sión (vv. 16-17) no tiene nada que ver con una promesa incondicional de invulnerabilidad, puesto que se trata de fe, de derecho, de justicia y de refugio engañoso. Este tema del refugio engañoso que procede de una revuelta contra Yahvé se vuelve a encontrar en Is 30,9-14.

Is 29,1-4 y 31,4 muestran al propio Yahvé combatiendo contra Sión.

Is 1,4-9 y 22,1-14 parecen estigmatizar el triunfalismo que pudo seguir a la partida de los asirios. El primer texto recuerda que todo el país está devastado y que «la hija de Sión» ha sobrevivido, no por milagro, sino «como una cabaña en viña, como una choza en melo-

nar» (1,8). El segundo texto estima que hay que alejarse de cualquier triunfo, porque el pueblo ha sufrido en este «día de turbación, consternación y abatimiento» (22,5).

Los demás textos que parecen referirse a los acontecimientos del 701 (Is 5,26-30; 8,8b-10; 14,24-27; 17,12-14; 29,5-8; 30,27-33; 31,5.8-9) evocan la invulnerabilidad de Sión y la revancha contra Asur. Se trata de una interpretación diametralmente opuesta a la del profeta del siglo VIII, que se remonta verosímelmente a la época de Josías. Este tipo de discurso, que era considerado como engañoso en la época de Josías y de Miqueas (cf. Miq 3,11), no facilitará la tarea de profetas posteriores como Jeremías y Ezequiel, que verán levantarse contra ellos a los partidarios de unas palabras que proporcionan seguridad.

Tanto Miqueas como Isaías atacan a las clases dirigentes de Judá, pero su acento es más social. Según Jeremías 26,17-19, Miq 3,9-12 habría que leerlo en relación con los acontecimientos del 701. De hecho, sólo Miq 1,(8-9).10-15.(16) puede sostener esta referencia. El poema parece inspirarse en la elegía de 2 Sm 1,19-27 sobre la muerte de Saúl y de Jonatán. El pensamiento es comparable al que expresan Is 1,4-8 y 22,1-4.

Los reyes impíos (697-640)

EL REINADO DE MANASÉS (697-642)

Los datos cronológicos de las informaciones (2 Re 21,1) mencionan una subida al trono a la edad de 12 años y un reinado de 55, el más largo de todos los reinados bíblicos. Los orígenes de Manasés y las condiciones de su acceso al trono nos resultan muy oscuros. Fuera de estos datos, el texto dedicado a este

reinado no trata más que de una contrarreforma religiosa y de sanciones contra Jerusalén.

Las medidas religiosas de Manasés, que no indican obligatoriamente un retorno al paganismo cananeo, pueden explicarse por una oposición a la reforma de Ezequías, quizás bajo la presión popular. La polémica, que dirige contra este rey todas las quejas posibles en

este terreno, desde el baalismo (v. 3) hasta diversas prácticas adivinatorias (v. 6), es de una difícil apreciación histórica. Después de Ajab y Ajaz, Manasés se convierte en la nueva referencia para todo lo que de peor puede suceder en Judá (cf. 2 Re 21,20; 23,12.26; 24,3-4). La tradición conserva el recuerdo de persecuciones, mencionadas por 2 Re 21,16, a lo largo de las cuales Isaías habría encontrado la muerte.

Como consecuencia de su longevidad, Manasés vio sucederse a tres reyes en Asiria: Senaquerib (704-681), Asarjadón (681-669) y Asurbanipal (669-627), y cinco faraones (Sabaca (710-696), Sabataca (696-685), Taharca (685-664), Neco I (663) y Psamético I (663-610). Vio a Asiria invadir Egipto y, después, ser expulsada progresivamente. Su nombre es mencionado en las listas de los vasallos de Asarjadón y de Asurbanipal, lo que parece indicar una sumisión sin fallas (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, textos nn. 40 y 42).

EL REINADO DE AMÓN (642-640)

La cuestión de los orígenes árabes de Amón debe ser planteada en razón del nombre de su madre, Mesulémet, hija de Jarús, de Yotbá (2 Re 21,19). Su asesinato, después de dos años de reinado, pone en evidencia dos partidos: los oficiales conspiradores y el pueblo del país (citado dos veces en 2 Re 21,24). Estos rumores en torno al trono judaíta pueden explicarse por los cambios sobrevenidos durante la época en la política internacional.

En el 640, Psamético I, que ya expulsó a los asirios fuera de Egipto, pone sitio a Asdod durante un período de 29 años, prueba de que el faraón quiere establecerse a cualquier precio en la región (Herodoto II,157), mientras que la revuelta antiasiria se extiende a los árabes y a los fenicios. Los asirios ocurren a los escitas para someter esta rebelión. La ejecución de los ase-

sinos de Amón en Jerusalén es entendida entonces como un signo de fidelidad hacia Asiria, lo que explica que no hubiera una expedición de castigo. La elección de Josías, que tiene 8 años en esta época, deja las manos libres al partido que le ha apoyado. Se podría decir que este partido quiere retomar, por encima de Manasés, la política de Ezequías en un sentido antiasirio y proegipcio.

SOFONÍAS, TESTIGO DE LA ÉPOCA

La actividad del profeta se sitúa entre Ezequías y Josías. Sofonías aparece como hostil a Asiria y favorable a Egipto, mientras que Jeremías será más crítico respecto a este país.

El oráculo de Sof 1,4-5 se corresponde perfectamente con la época, con la invasión de cultos extranjeros. Ataca a los funcionarios de la corte que se visten a la moda extranjera, es decir, asiria (Sof 1,8). Da a entender que existe una oposición en el barrio nuevo, donde residen los refugiados del norte que desean la recuperación de los territorios perdidos (Sof 1,10).

La política exterior mencionada en el libro de Sofonías corresponde igualmente al período que comienza en el 640. Las ciudades filisteas enumeradas en Sof 2,4-7, Gaza, Asquelón, Asdod y Ecrón, son las que, según Herodoto, sufren la presión egipcia. Sofonías piensa que el territorio filisteo debe tocarle en el reparto a Judá (Sof 2,7), lo que recuerda la política de Ezequías en 2 Re 18,8. Considera igualmente la caída de Moab y de Amón (Sof 2,8-11). La posición antiasiria de Sofonías aparece claramente en Sof 2,13-15, que anuncia la destrucción de Nínive. Con relación a Egipto, Sof 2,12 es muy preciso, ya que apunta a la dinastía nubia, y parece, por tanto, tomar partido por Psamético I. Nada indica en el libro que este profeta conociera el gran período del reinado de Josías.

Una excepción: Josías (640-609)

El reinado de Josías está abundantemente documentado en la Biblia por dos razones: en la línea de Ezequías, Josías emprende una reforma religiosa que se inspira en los ambientes donde se produjo el libro de los Reyes, al mismo tiempo que intenta reconquistar los territorios anexionados por Asiria o distribuidos a los reinos vecinos, tanto en Judá como en Samaría. El relato de la reforma se refería al comienzo a la lucha antiidolátrica, de carácter nacionalista, y al principio de centralización, quedando los objetivos limitados al perímetro estrictamente judaíta.

Los acontecimientos que componen la historia judaíta de finales del siglo VII y comienzos del VI tuvieron enormes consecuencias para el pueblo de la Biblia. Estos acontecimientos fueron releídos durante el Exilio y durante mucho tiempo aún después de él.

El marco internacional

El gran cambio comenzado durante los años precedentes va a continuar en la época de Josías. A partir del 615, bajo los repetidos asaltos de medos y caldeos, Asiria se derrumba, a pesar de la ayuda aportada por Psamético, y Nínive es tomada en el 612. Los asirios organizan una última resistencia con los egipcios, pero en el 610 se produce la desbandada, sin lucha, a las puertas de Jarán ante la proximidad de los babilonios (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 44). En este contexto se sitúan la intervención de Neco II y la muerte de Josías en Meguidó. Así pues, se ve claramente que, a partir del 630, Judá podía levantarse y que Josías estaba en situación de llevar a cabo una política personal.

La reforma religiosa

El movimiento reformador ciertamente comenzó antes del 622. La mayor parte de los historiadores consideran el año 628 como el del comienzo del reinado personal de Josías.

El episodio del descubrimiento del libro está insertado en un contexto que menciona las reparaciones del Templo. Algunos elementos originales aparecen en este texto. El ambiente está compuesto por personajes de los que algunos llevan nombres de animales (*Safán* = «damán»: tejón o más bien marmota; *Achor* = ratón; *Juldá* = topo). La identidad de la profetisa Juldá es precisada: es la esposa de un funcionario y reside en el barrio nuevo. Estamos, pues, en presencia de notables, partidarios de la corriente reformadora a la que quizás pertenece Jeremías, partido aún activo después de la muerte de Josías (cf. Jr 36).

La reforma en Judá se limita a la zona comprendida entre Guibeá y Berseba (2 Re 23,8). Observamos, por otra parte, las dificultades ocasionadas al clero provincial de los altozanos por la centralización del culto en Jerusalén (2 Re 23,8-9).

Jeremías y la reforma

Jeremías comienza a profetizar bajo Josías. Aunque el lenguaje de Jeremías y el de la reforma están estrechamente emparentados, la posición personal del profeta con relación a las medidas adoptadas por Josías —admitiendo que ya hubiera tomado la palabra en esta época— no nos ha llegado. Partidario convencido de la necesidad de conversión para Judá, podemos suponer que a este exigente creyente le hubieran asaltado algunas dudas sobre la obtención de esta conversión por simple decreto oficial.

La muerte de Josías en Meguidó

El acontecimiento se inscribe en el contexto de la ayuda militar egipcia a los últimos resistentes asirios contra los caldeos y los medos. Neco II atraviesa Palestina para proporcionar ayuda en el 609 a Asur-Uballit, que intenta retomar Jarán. Si tenemos en cuenta la versión de 2 Re 23, la política antiasiria de Josías es suficiente para explicar lo que puede parecer como un asesinato por parte de los egipcios. Por el contrario, 2 Cr 35 hace morir a Josías en una batalla que nunca hubiera debido librar contra los egipcios. Aquí, la argumentación teológica, puesta en los propios labios del faraón en el v. 21, es evidente y esto desaconseja fuertemente con-

siderar esta segunda versión como histórica. Como la versión de 2 Re 23 no menciona ninguna batalla, la tesis del asesinato sigue siendo la más probable.

La política de Josías parece haber sido expansionista. La intervención fatal de Meguidó, sean cuales fueren las circunstancias precisas de la muerte del rey, subraya su carácter aventurero. Vista desde esta óptica, la figura de Josías se revela por lo menos tan ambigua como las de Amasías y Ezequías. Josías no ha sido salvado de la ambigüedad más que por sus buenas relaciones con el partido reformador, en particular con la familia de Safán, la cual está en el origen de la tradición que idealiza a Josías en 2 Re (*cf.* Jr 21,15-16).

El final del reino de Judá (609-587)

El reinado de Josías termina con un acontecimiento característico de la nueva situación internacional: la eliminación de un pequeño rey palestino por un Egipto que sube en ayuda de un resto de Asiria, mientras que Babilonia y sus aliados han sometido prácticamente a toda Mesopotamia. En adelante, dos potencias se enfrentan en la región, y Babilonia hará retroceder poco a poco a Egipto. Éste es el marco de los últimos años del reino de Judá. Ante los acontecimientos, Jerusalén se encuentra en una situación profundamente dispersa y responde a sus solicitudes con una política incoherente, cuyos cambios dan testimonio del estado de crisis permanente de la sociedad judaíta.

EL REINADO DE JOACAZ (609)

Joacaz, con Salún como nombre de nacimiento, es el menor de los hijos de Josías. Por tanto, no le co-

rrespondía reinar. Es impuesto en el trono gracias a un golpe de Estado. El texto de las informaciones, hecho raro, menciona la unción. Esta particularidad hay que entenderla como respuesta a una contestación dinástica.

Sospechoso para el faraón Neco II, Joacaz es encadenado en Riblá, depuesto y reemplazado por Joaquin, su hermano mayor. Muere en Egipto después de un reinado de tres meses (2 Re 23,33-34).

EL REINADO DE JOAQUÍN (609-598)

Siendo su nombre de nacimiento Eliaquín (2 Re 23,34), el nuevo rey adopta el nombre de Joaquín que le impone el faraón Neco II, sin duda para indicar su vasallaje, aunque el nombre es yahvista. La elección del faraón se explica por el hecho de que Joaquín

había sido apartado del trono tres meses antes en razón de su pertenencia al partido proegipcio. Paga tributo a Egipto y, siendo insuficiente el tesoro, debe recurrir a un impuesto excepcional (2 Re 23,35).

Jeremías se muestra muy severo con Joaquín, a quien reprocha la construcción de un palacio personal, sin pagar a los obreros (Jr 22,13-19). Quizás se trata de la ciudadela real de Ramat-Raquel, al sur de Jerusalén. La oposición de Jeremías a Joaquín aparece todavía en el relato de la lectura del rollo, que el rey va rompiendo y quemando (Jr 36,21-26).

La soberanía egipcia se ejerce sobre Judá del 609 al 605. Pero en el 607, el joven príncipe heredero y jefe militar babilonio Nabucodonosor comienza a manifestarse (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 45). En mayo/junio del 605, en Karkemis, bate a los egipcios y comienza a rechazarlos hacia el sur (Jr 46,1-12; el v. 2 indica claramente para esta batalla el cuarto año del reinado de Joaquín). Según 2 Re 24,7, Nabucodonosor ocupa toda Siria y Palestina y contiene al faraón dentro de sus fronteras. Joaquín sigue sometido tres años a Nabucodonosor (2 Re 24,1). Así pues, hay que considerar si no una toma de Jerusalén, al menos la imposición de un vasallaje babilonio a Judá hacia el 605-604. La revuelta de Joaquín contra Nabucodonosor, mencionada en 2 Re 24,1, debe remontarse al 601, año en el que los babilonios sufren un fracaso en su intento de invasión de Egipto.

El texto de los Reyes da cuenta de infiltraciones extranjeras lanzadas contra Judá por Nabucodonosor (2 Re 24,2; Jr 35,11); éstas son de caldeos, edomitas (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 46), moabitas y amonitas.

Las circunstancias de la muerte de Joaquín, a finales del año 598, siguen siendo muy poco claras. Jr 22,19 y 36,30 pueden sugerir un asesinato.

EL REINADO DE JECONÍAS (598-597) EL ASEDIO DEL 597: 1ª deportación

Sucede a su padre Joaquín, lo que significa la continuidad de una política antibabilonia en Jerusalén. Jr 22,20-30 compara a «este Conías» (Jeconías) con «un vaso vil y cascado», «un utensilio sin valor» (v. 28). No reina más que tres meses en el 598-597. El séptimo año del reinado de Nabucodonosor, el segundo día del mes de Adar, o sea, el 17 de marzo del 597, Nabucodonosor toma Jerusalén, depone a Jeconías, lo reemplaza por un rey «según su deseo» e impone tributo a Judá.

El saqueo del Templo (2 Re 24,13) es seguido por una primera deportación. Las cifras, 10.000 exiliados de «todo Jerusalén», 7.000 notables y 1.000 artesanos, todos en situación de llevar armas, parecen infladas en 2 Re 24,14, comparadas con los 3.023 judaítas de Jr 52,28. Jeconías no desaparece de la escena política, ya que se le vuelve a encontrar en 2 Re 25,27-30, donde se beneficia de una medida de gracia por parte de Evil-Merodak (Awel-Marduk), sucesor de Nabucodonosor. Encarna todavía, al comienzo del Exilio, la esperanza de una restauración davídica, y los judaítas se dividirán por su causa.

EL REINADO DE SEDECÍAS (597-587)

Contemporáneo de la caída definitiva de Jerusalén, el reinado de Sedecías está abundantemente documentado en la Biblia, más en el libro de Jeremías que en el segundo libro de los Reyes. La identidad de Sedecías plantea preguntas. Según 2 Re 24,17, se trata del tío de Jeconías; por tanto, de un hijo de Josías llamado Matanías. Este Matanías es un protegido babilonio que, como Joaquín, adopta un nombre de reinado, Sedecías, bajo la presión de un rey extranjero. Con él, el partido probabilonio llega al poder, pero Jeremías tomará sus distancias respecto a este rey.

En el 595 estalla una revuelta en Babilonia. Jeremías escribe una carta a los exiliados del 597 para instarles a la paciencia, lo que le vale enemistades entre los deportados (Jr 29). En el 594, Neco II es reemplazado por Psamético II (594-589). Este faraón emprende una campaña victoriosa en Etiopía. En Siria y Palestina tienen lugar tratados entre Edom, Moab, Amón, Tiro y Sidón con vistas a una revuelta contra Babilonia (Jr 27,2-3). El partido proegipcio, pro-Jeconías, se manifiesta por medio de la voz del profeta Jananías (Jr 28). Pillado entre dos fuegos, Sedecías envía a Nabucodonosor emisarios portadores de la carta de Jeremías a los deportados judaítas. Con esta actuación trata de manifestar su fidelidad ante Babilonia (Jr 29,3; 51,59).

En el 589, en Egipto, Apríes (= Jofrá, 589-570) sucede a Psamético II. En esta ocasión, Amón se revela contra Babilonia (Ez 21,25). Jr 40,13 indica que esta revuelta de Amón perdura aún después de la caída de Jerusalén. Sedecías continúa sordo a las últimas advertencias de Jeremías (Jr 38,14-28) y se rebela entonces contra Babilonia (2 Re 24,20; Ez 17,12-14). Edom sigue fiel a Babilonia contra Judá (de ahí las imprecaciones de Sal 137,7-9).

EL ASEDIO DEL 588-587: 2ª deportación

El 9º año de Sedecías, en el 10º mes, el 10 del mes, Nabucodonosor asedia Jerusalén (2 Re 25,1; Jr 39,1), es decir, el 15 de enero del 588. Durante este mismo año, el ejército egipcio sale de sus fronteras y fuerza a los caldeos a levantar momentáneamente el asedio, cosa que sabemos por Jr 37,5. Desde la fortaleza de Laquis, los militares judaítas envían emisarios a Egipto (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 47 A). Según Jr 37,7, Judá no tiene nada que esperar del ejército del faraón: no tardará en batirse en retirada. Pero el partido proegipcio tiene

entonces el viento a favor y hace detener a Jeremías (Jr 37,11-38,28).

Después del entretenimiento egipcio, sin futuro según las palabras de Jeremías (Jr 37,7-8), el asedio de Jerusalén se reemprende y la ciudad cae el 11º año del reinado de Sedecías, el 4º mes, el 9º día del mes (2 Re 25,3; Jr 39,2), o sea, el 29 de julio del 587. Tras la apertura de una brecha, los babilonios penetran en la ciudad, el rey huye, verosíblemente en dirección a Amón, y es alcanzado en las llanuras de Jericó y conducido a Riblá. Citado a juicio, asiste a la ejecución de sus hijos, después le sacan los ojos y es deportado a Babilonia (2 Re 25,4-7).

El saqueo de la ciudad tiene lugar algún tiempo después, hacia finales de agosto del 587. Las gentes importantes son buscadas y ejecutadas (2 Re 25,19-21). Una nueva deportación asola Jerusalén.

En el lugar de Sedecías, Nabucodonosor designa a Godolías como gobernador, y éste se instala en Mispá (2 Re 25,22-23). Godolías, del partido probabilonio (2 Re 25,24), es eliminado por un complot fomentado por Baalís, rey amonita (Jr 40,14), durante este mismo 7º mes. La tercera deportación mencionada por Jr 52,30, que afecta a 832 personas, se produce en el año 23º de Nabucodonosor, es decir, en el 582. A veces se la pone en relación con los últimos alborotos de la población alentados por los amonitas. El profeta Jeremías es obligado a huir a Egipto (Jr 42).

JEREMÍAS, TESTIGO DE LA ÉPOCA

De su librito sobre los reyes (Jr 21,11-23,30) hay que recordar la deportación de Salún-Joacaz (22,10-12), y sobre todo las dos largas invectivas contra Joaquín (22,13-29) y Jeconías (22,24-30). La primera está motivada por la realización de un suntuoso palacio, despreciando la justicia, así como por una política de

represión. A este rey, que no le gusta, el profeta opone la justicia de Josías (22,15-16). La segunda pone en evidencia la inutilidad de Jeconías y la vanidad de sus pretensiones dinásticas. Estos dos reyes antibabilonios son el objetivo preferente de Jeremías, a quienes no ahorra sus calificativos más despreciativos.

El conjunto biográfico de Jr 26-45 es rico en datos históricos y nos introduce en el núcleo de los debates de la sociedad judaíta de la época. Jeremías se encuentra con la hostilidad de los sacerdotes y de los profetas, mientras que es apoyado por algunos elementos del pueblo y de los funcionarios (Jr 26). En este mismo capítulo nos enteramos de que Joaquín pudo hacer extraditar de Egipto al profeta Urías para ejecutarlo (Jr 26,20-24).

Jeremías toma postura contra la revuelta que se prepara junto a Edom, Moab, Amón, Tiro Sidón y Judá, bajo el reinado de Sedecías (Jr 27). El altercado con el profeta proegipcio Jananías (Jr 28) data igualmente del reinado de Sedecías. En la carta a los exiliados del 597 (Jr 29), Jeremías invita a la sumisión al poder babilonio. Incluso en los ambientes de la deportación, Jeremías se crea enemigos.

Jr 34 se sitúa en los últimos días del asedio del 588-587. Sedecías no manifiesta ninguna hostilidad hacia Jeremías, cuyas palabras no varían. En el v. 7, el avance babilonio parece cierto, pero, en la llanura, Laquis y Azecá resisten todavía. El episodio de los esclavos liberados y después sometidos (Jr 34,8-22) quizás hay que situarlo durante el levantamiento momentáneo del asedio del 588, cuando los babilonios se marcharon frente a Egipto. Al comienzo del asedio, los esclavos fueron liberados para engrosar las filas de los defensores de la ciudad. Pero, al levantarse el sitio, cada uno de los señores volvió a tomar sus esclavos.

En Jr 35, el episodio de los recabitas, movimiento reaccionario fundado por Jonadab, hijo de Recab, en la época omrida en Israel (2 Re 10,15-24), remite al final

del reinado de Joaquín, cuando la gente de las provincias comienza a buscar refugio en Jerusalén. La fidelidad de los recabitas a las palabras de su fundador es citada como ejemplo contra los judaítas.

Los altercados de Jeremías con Joaquín (Jr 36) nos remiten al comienzo del reinado de este rey, en el 605. Este episodio del rollo roto y después quemado por el rey da testimonio de una escritura antigua de las palabras de Jeremías. La escena es idéntica a la de la lectura, por Josías, del libro descubierto en el Templo, pero los resultados son diametralmente opuestos.

En Jr 37 encontramos el final del reinado de Sedecías. Aprovechando el levantamiento del asedio en el 588, Jeremías quiere dirigirse a Anatot, sin duda para comprar el campo del que se trata en Jr 32,6-15. Detenido a la puerta de la ciudad, es acusado de pasarse a los caldeos y encarcelado.

La liberación de Jeremías es narrada de forma diferente en Jr 39 y Jr 40. Las dos versiones coinciden, sin embargo, en el hecho de que Jeremías es liberado por los babilonios que han cercado la ciudad (39,11-14 // 40,2-6). A continuación encontramos al profeta en Mispá (40,6), junto a Godolías. Por otra parte, los capítulos 39-41 tienen un sabor probabilonio fuertemente pronunciado, puesto que llegan a presentar el breve período del gobierno de Godolías bajo protectorado babilonio como una era de paz, seguridad y prosperidad recobradas (40,7-12).

La eliminación de Godolías es presentada de manera más detallada en Jr 40,13-41,18 que en 2 Re 25. El personaje de Ismael, de sangre real (Jr 41,1), parece ser un oportunista que quiere imponerse como pretendiente al trono, lo que da a entender la captura de las princesas en Mispá (41,10; cf. 2 Sm 16,21: adueñarse del harén real equivale a reivindicar la monarquía). Actuando bajo instigación del rey amonita Baalís (Jr 40,13), Ismael, aunque descubierto por los servicios secretos mandados por Juan, llega a asesinar a Godo-

lías. Acorralado por Juan, se refugia con sólo ocho personas en Amón (Jr 41,15).

Juan arrastra después a todos los supervivientes hacia Egipto, entre ellos a Jeremías. Para el profeta, que nunca ha alimentado pensamientos favorables hacia este país (Jr 42) y que anunciará incluso su invasión por Nabucodonosor (Jr 43,8-13), esta huida a Egipto es una última contrariedad.

*

Así acaba la historia del reino de Judá. El libro de los Reyes, sin embargo, no se queda en este horizonte

de catástrofe. Fieles a la memoria del rey Jeconías, deportado a Babilonia desde el 597, los últimos redactores informan, en un último párrafo (2 Re 25,27-30), de su regreso gracias a un indulto, del que Jeconías se beneficia, por parte de Evil-Merodak, el sucesor de Nabucodonosor. Estas buenas disposiciones son confirmadas por un texto babilonio que nombra a Jeconías, rey del país de Judá, entre los beneficiarios de entregas de aceite, cebada y otros productos (*Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo*, texto n. 48). ¿Será posible todavía un futuro?

PARA CONTINUAR EL ESTUDIO

– A.C.F.E.B., *Figures de David à travers la Bible* (Cerf, París 1999).

– *Biblia y realeza* (Cuadernos Bíblicos 83; Verbo Divino, Estella 1994).

– J. BRIEND / M. J. SEUX, *Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo* (Documentos en torno a la Biblia 4; Verbo Divino, Estella 1982). Indispensable para el lector que desee un acceso rápido y cómodo a los documentos del Antiguo Oriente que coinciden con la historia de los reinos de Israel y de Judá.

– H. CAZELLES, *Historia política de Israel desde los orígenes a Alejandro Magno* (Cristiandad, Madrid 1984).

– A. DE PURY / T. RÖMER / J. D. MACCHI (eds.), *Israël construit son histoire. L'historiographie deutéronomiste à la lumière des recherches récentes* (Labor et Fides, Ginebra 1996).

– P. GARELLI / A. LEMAIRE, *Le Proche-Orient Asiatique. 2 bis. Les empires mésopotamiens. Israël* (P.U.F, París 31997).

– P. GIBERT, *Los libros de Samuel y de los Reyes* (Cuadernos Bíblicos 44; Verbo Divino, Estella 1997).

– J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, *El Creciente Fértil y la Biblia* (Verbo Divino, Estella 1991).

– E. M. LAPERROUSAZ (ed.), *Archéologie, art et histoire de la Palestine* (Cerf, París 1988).

– A. LEMAIRE, *Histoire du peuple hébreu* (P.U.F., París 1981).

– A. LEMAIRE, *Inscriptions hébraïques. 1. Les ostraca* (Cerf, París 1977).

– G. VON RAD, «La teología deuteronómica de la historia en los libros de los Reyes», en *id.*, *Estudios sobre el Antiguo Testamento* (Sígueme, Salamanca 1976).

– J. L. SICRE, *De David al Mesías. Textos básicos de la esperanza mesiánica* (Verbo Divino, Estella 1995) (especialmente caps. 2-9).

– J. A. SOGGIN, *Nueva historia de Israel. De los orígenes a Bar Kochba* (Desclée de Brouwer, Bilbao 1997).

– G. E. WRIGHT, *Arqueología bíblica* (Cristiandad, Madrid 1975).

ÍNDICE DE NOMBRES DE PERSONAS

Abiatar	14, 19	Evil-Merodak	53, 56
Abigaíl	14	Ezequías	44-45, 46-50, 52
Abisay	18		
Abiya(m)	30	Gad	14, 20
Abner	12, 15	Godolías	54
Absalón	12, 17-18	Goliat	13-14, 19
Acazías (Isr)	33		
Acazías (Ju)	33-37	Hadad	22, 26
Adadézer	28	Hadad-Idri	32-33
Adad-Nirari III	36-37		
Adonías	17, 19	Isaías	44-45, 48-49
Ado(ni)rán	20, 23, 27	Isbóset	12, 15
Ajítófel	18	Ismael	55
Ajab	31-36, 42, 50		
Ajaz	29, 41, 43-44, 50	Jananías	54-55
Amasías	36-37, 39, 52	Janún	17-18
Amnón	17-18	Jazael	36
Amón	50	Jeconías	53-56
Amós	37-39	Jehú	33-37, 42-43
Aprías (Jofrá)	54	Jeremías	35, 50-56
Asá	29-30	Jeroboán I	25-27, 29-30
Asarjadón	50	Jeroboán II	37-38, 40-41
Asurbanipal	50	Jezabel	31-32, 35
Asur-Ubalit	52	Jirán de Tiro	16, 24, 26
Atalía	32-35	Joab	19, 22
Azarías = Ozías		Joacaz (Isr)	36
		Joacaz (Ju)	52, 54
Baalís	54-55	Joaquín	52, 54-55
Basá	29-31	Joás (Isr)	33, 37, 39
Benadad	30	Joás (Ju)	33-36
Benayas	19-22	Jonadab	35, 55
Betsabé	18-19	Jonatán	11-12, 14, 19
		Jorán (Isr)	32-36
David	7-8, 11-23, 28, 31, 35,	Jorán (Ju)	32-35
Doeg	12, 20	Josafat	30, 33, 39
		Josebá	35
Elá	29-30	Josías	50-52, 55
Elijóref	22	Jotán	43

Maacá	18	Saba (reina)	26
Manasés	49-50	Sabaca	50
Mefibóset	17-18	Sabataca	50
Menajén	40-42	Sadoc	19, 22
Merob	14	Safán	51-52
Merodak-Baladán	44, 47-48	Salmanasar III	32, 36
Mesá	28, 31-32	Salmanasar V	40, 44-45
Micol	14, 16	Salomón	7, 17-19, 21-27
Miqueas	48-49	Salún	40
		Salún = Joacaz (Ju)	
Naamá	22, 28	Samuel	9
Nabot	32	Sargón II	40,44-45
Nabucodonosor	53-56	Saúl	7-17, 19, 21
Nadab	29-31	Sedecías	53-55
Natán	16, 19, 20, 22	Sémer	31-32
Necao I	50	Semey	17-18
Necao II	51-52, 54	Senaquerib	47-48, 50
		Sesonq	22, 26, 28-30
Ocozías = Acazías		Siamón	22
Omrí	29-33	Sibá	17-18
Oseas (profeta)	35, 41-45	Sisá	22
Oseas (Isr)	40-41, 44-45	So	45
Ozías (Azarías)	38-40, 43	Sofonías	50
		Taharca	50
Pécaj	41-45	Tamar	18
Pecajías	41	Tibní	30-31
Psamético I	50-51	Tiglat-Piléser III	37, 40-41, 43-45
Psamético II	54		
Psusennes II	22	Urías	20
		Urías (profeta)	55
Rasón (Rasín)	41, 43-44	Zabud	22
Recab	35, 55	Zacarías	40
Rezón	..26, 28	Zimrí	29-30
Roboán	22, 27, 29		

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE ISRAEL EN UNA FACULTAD DE TEOLOGÍA

Por *Damien NÖEL**

Muchas veces no nos damos cuenta de las fuertes tensiones que suscitan la secuencia de palabras que designa esta disciplina llamada historia de Israel y el hecho de que esta disciplina sea practicada en el marco de una Facultad de Teología. Mencionaremos aquí las principales de estas tensiones y trataremos de abrir algunas pistas que muestren que, en nuestro establecimiento, la historia de Israel es una práctica necesaria y que no sólo concierne al especialista que se encarga de ella, sino también al exégeta y al teólogo.

Hacer historia

«Hacer historia» evoca debates epistemológicos siempre en curso que plantean complejas preguntas cuyo alcance, por otra parte, no implica solamente a los investigadores o productores de estudios históricos. La historia de Israel, como cualquier otra historia, exige rigor metodológico, talante crítico, juicio y preocupación por la verdad. En efecto, no se conciben las razones por las que el tratamiento de esta historia particular tuviera que

sustraerse a los cánones de la investigación científica. Pero, una vez planteado esto, las dificultades surgen por todas partes.

Historia de Israel

En primer lugar, el objeto de esta historia parece impreciso, variable, cuando no ambiguo. Basta con releer el prefacio de R. DE VAUX en su *Historia antigua de Israel* (Cristiandad, Madrid 1975) para convencerse de ello. En efecto, el autor dedica algo más de un tercio de su texto a justificar un título al cual se resigna «*a pesar de la ambigüedad aneja al término [de Israel]*» (p. 8). Esta indecisión es el indicio de un problema real planteado por la documentación bíblica que, sin embargo, sigue siendo, en muchos casos, la única fuente disponible para el establecimiento de esta historia.

En la Biblia, el nombre de Israel es aplicado primeramente a grupos ya considerados como un pueblo único, pero que no constituyen todavía la entidad política que llevará este nombre. El término designa después a la población del norte, en oposición a la de Judá; posteriormente, se limita al reino del que Samaria es su capital, y, finalmente, vuelve a encontrar su envergadura primera al designar a toda la comunidad judaica post-texflica establecida en Palestina o en la diáspora.

* «Enseigner l'histoire d'Israël en Faculté de Théologie?», artículo aparecido en J. DORE / F. BOUSQUET (eds.), *La Théologie dans l'Histoire* (Faculté de Théologie et des Sciences Religieuses - Institut Catholique de Paris, Beauchesne 1997) 59-71.

Períodos diferentes, objetos diferentes. Documentación también diferente. Los géneros literarios dominantes muestran que el texto mantiene relaciones específicas con cada una de las

ramas del pasado de Israel. Por tanto, el historiador debe interrogar de manera diferente a la documentación relativa a cada período particular. Por otra parte, constatamos, y volveremos sobre ello, que algunos autores excluyen de la historia propiamente dicha los Patriarcas, el Éxodo y la Conquista, y no comienzan su estudio más que con los Jueces, allí donde aparecen las relaciones precisas entre las «tribus» y los topónimos palestinos.

¿Una historia de Israel sin la Biblia?

La representación bíblica de la historia de Israel, que instaura una continuidad en un pasado sin embargo discontinuo y heterogéneo, sugiere al historiador que la documentación puesta a su disposición por la Biblia presenta todos los indicios de una importante construcción que procede de una tradición. En ausencia de elementos de prueba externos al texto bíblico, el historiador, que no dispone más que del relato, se verá privado de los elementos de verificación que permiten decidir a propósito de la historicidad de un acontecimiento narrado. Pues hemos aprendido y verificado que entre relato ficticio y relato con pretensión histórica permanecería «la irritante cuestión» de su diferencia (cf P GIBERT, *Vérité historique et sprit historien* [Cerf, París 1991], p. 221, n. 10, que remite sobre esta cuestión a los estudios de P RICOEUR, *Tiempo y narración* [Cristiandad, Madrid 1987]). Esto es válido tanto para las perícopas particulares como para los conjuntos historiográficos más amplios, tales como los ciclos o los períodos. Como recuerda T L THOMPSON, «*History happens, meaning and coherence are created*» [«La historia sucede, su sentido y su coherencia son creados»] («Text, Context and Referent in Israelite Historiography», en *The Fabric of History* [Sheffield 1991] 75).

El carácter particular de la documentación bíblica y las exigencias de la ciencia histórica explican que algunos historiadores se planteen la pregunta sobre la utilidad del recurso a la Biblia para el establecimiento de una historia científica de Israel. Este debate podría no ser más que de puro método histórico y, de hecho, es considerado como tal por aquellos para quienes el único fin es el establecimiento de los hechos tal y como se han producido.

Pero, ya en este nivel, se plantean tremendos problemas. Porque una vez que se deja de lado la Biblia, ¿de qué materiales puede disponer el historiador para escribir una historia de Israel? Los escasos datos epigráficos que dejan aparecer explícitamente nombres propios no son finalmente significativos y explotables más que cuando se les puede relacionar con los datos proporcionados por el texto bíblico. Este ejemplo, el más favorable, muestra ya la imposibilidad de escapar a una argumentación circular. En estas condiciones, ¿qué decir de los materiales relativamente abundantes, pero perfectamente anónimos, que caracterizan los hallazgos arqueológicos? ¿A quién hay que atribuir la arquitectura de una construcción, la forma típica de una jarra, la destrucción de un nivel de ocupación? ¿El carácter fragmentario de los indicios del terreno permite caracterizar suficientemente un modo de vida, una situación socio-política?

En cualquier caso, bien directamente o con el sesgo de una aproximación crítica, la relación con el texto bíblico sigue siendo determinante, sean cuales sean las posiciones de principio asumidas por los investigadores (cf la discusión de las posturas de R B COOTE / K W WHITELAM, *The Emergence of Early Israel in Historical Perspective* [Sheffield, 1987], T L THOMPSON, *The Origin Tradition of Ancient Israel* [Sheffield, 1987], y otros autores, por ejemplo, J M MILLER, «It is Possible to Write a History of Israel without Relying on the Hebrew Bible?», en *The Fabric of History* [Sheffield, 1991] 95-99).

La argumentación que desarrolla J M MILLER contra el proyecto de escribir una historia de Israel sin recurrir a la Biblia merece, por tanto, nuestra atención. En efecto, este autor vislumbra bajo este proyecto «el propósito de historiadores positivistas» (p. 100). A la pregunta de saber si el texto bíblico puede ser útil para el historiador, J M MILLER responde con otra pregunta que le parece más apropiada: ¿cómo utilizar este texto? Señalemos de paso que esta postura es válida para cualquier investigación sobre un pasado accesible a la vez por fuentes escritas y por datos arqueológicos, y no únicamente para el cruce de la Biblia con los datos de la arqueología palestinense.

Este debate metodológico entre historiadores no carece de interés. Según la postura más extrema, el carácter religioso del texto bíblico prohibiría irremediadamente cualquier posibilidad de acceso a la verdad histórica, hasta el punto de descalificarlo.

como fuente de conocimiento del pasado de Israel. Ahora bien, sea cual sea el tratamiento crítico que este texto exige en cuanto a su utilización histórica, la Biblia proviene realmente del pasado del que habla. Su carácter religioso —considerado como perjudicial en el establecimiento de los hechos por algunos historiadores—, por el contrario, podría revelarse tan importante, históricamente hablando, como el marco de los acontecimientos al cual se refiere constantemente y fuera del cual seguiría siendo incomprensible.

¿Hay que renunciar a la historia?

Sin embargo, no se trata de sustituir una historia de Israel, que sería tenida como imposible a partir de las fuentes bíblicas, por una historia puramente religiosa, la cual plantearía, por otra parte, a partir de estas mismas fuentes, problemas idénticos a los que plantea la historia a secas, ni siquiera por una simple historia de la tradición israelita. Y esto por dos razones. La primera tiene un carácter científico de la historia, a la cual ninguna dificultad documental autoriza a renunciar. La segunda tiene que ver con la convicción teológica según la cual la historia de Israel se inscribe en un pasado real. Incluso aunque, como subraya P. BEAUCHAMP: «Mientras que uno o dos siglos de exégesis se propusieron como tarea examinar si los hechos relatados habían ocurrido realmente en otro tiempo, el interés actual se centra en el problema del sentido que hemos de dar a las palabras ‘real’ y ‘en otro tiempo’ y, más intensamente aún, en el problema de qué hace realmente el libro con lo real de otro tiempo» (*Ley. Profetas. Sabios. Lectura sincrónica del Antiguo Testamento* [Cristiandad, Madrid 1977] 33), parece imponerse el desplazamiento de una exégesis puramente crítica hacia una exégesis más hermenéutica y teológica, el arraigamiento propiamente histórico del libro no autoriza ninguna relajación por parte del establecimiento de los hechos. Aún hace falta entender bien esta necesidad y el lugar que debe ocupar en relación con la exégesis y la teología.

En efecto, no se trata, como querría una corriente fundamentalista todavía muy activa, de mostrar que la Biblia dice la verdad en cada una de sus representaciones de los acontecimientos del pasado, como tampoco se debe desconfiar sistemática-

mente de ello desde que se quiere emprender científicamente el establecimiento del pasado de Israel. Estas dos actitudes, que parecen oponerse en todo, proceden en realidad de una misma concepción historicista de la verdad, que reduce singularmente la inteligencia de las relaciones que mantiene una fuente escrita con los acontecimientos a los que se refiere.

Practicar la historia de Israel implica que se aprende a reconocer y a manejar con el estudio la complejidad de estas relaciones que el texto bíblico establece con los acontecimientos que menciona. También se deben tener en cuenta diferentes representaciones de las que contiene la versión bíblica, y cuyo conocimiento nos es posible por otros documentos. En este caso, hay que buscar las razones que expliquen esta diferencia. Existen además otras diferencias muy importantes, que aparecen en el texto bíblico mismo y a las que el historiador no debe prestar una menor atención. En resumidas cuentas, parece que este trabajo no concierne únicamente a la historia de Israel, sino a la lectura misma de la Biblia en cuanto texto referido al pasado.

Los dos frentes de la historia de Israel

Así pues, para el historiador se abren dos frentes. El primero es el de la investigación de los hechos del pasado de Israel a partir de elementos disponibles en los documentos bíblicos y extrabíblicos, ya se trate de documentos escritos o de indicios arqueológicos, recurriendo a un método estrictamente histórico. Este modo de hacer toma constantemente una distancia crítica con relación a la Biblia, al precisar exactamente su accesibilidad a los hechos que refiere y al verificar, tanto como sea posible, la fiabilidad de sus datos. En efecto, este aspecto iconoclasta del trabajo del historiador se impone para cualquier investigación sobre el pasado. Pues la primera finalidad del historiador es el establecimiento de los hechos a partir de las huellas, y no la confirmación o la invalidación de un discurso mantenido sobre el pasado por los documentos utilizados, sean bíblicos o no.

El segundo frente es el estudio de la representación bíblica del pasado de Israel. Aquí, el historiador toma nota del discurso mantenido por Israel sobre su propio pasado y lo trata como un hecho de la historia. En este nivel, ya no se trata de estable-

cer los hechos brutos, sino de estudiar la postura adoptada por el documento, lo más frecuentemente mediante ediciones sucesivas, con respecto a los acontecimientos. Aunque se impone el análisis literario para delimitar y ordenar cronológicamente las diferentes redacciones o ediciones, sin embargo sigue siendo insuficiente. El análisis debe ser planteado hasta la comprensión de la historia del texto en el marco de una tradición más amplia que dé cuenta de la transmisión del texto y de su evolución. Sólo a este precio es como puede pretenderse valorar científicamente la historicidad del documento considerado.

Un ejemplo puede mostrar el interés de este modo de proceder

La Biblia, tanto en el Pentateuco como en los Profetas anteriores (Jos, Jue, 1-2 Sm y 1-2 Re), nos ofrece una representación global de los orígenes y de la época monárquica a la que ha llegado Israel. Recientes estudios muestran que es posible acometer con más precisión la historia de esta representación y distinguir entre las más antiguas tradiciones y el estadio final del texto las síntesis intermedias irreductibles las unas a las otras, sin duda forjadas en escuelas particulares. Se trata entonces de versiones realmente independientes, que parecen excluirse mutuamente.

Pensemos, por ejemplo, en las bendiciones de Jacob (Gn 49,1-28) que concluyen la gesta patriarcal, y en las bendiciones de Moisés (Dt 33) que concluyen la gesta del Éxodo. En ambos casos encontramos el mismo propósito, situado en el mismo lugar en cada uno de los dos conjuntos, precediendo inmediatamente a la muerte de una figura esencial, Jacob (Gn 50) y Moisés (Dt 34). Aunque se trate del mismo Israel en doce tribus, los dos colectivos destinatarios de estas bendiciones recibidas de personajes diferentes no son entendidos de la misma manera. La existencia de estas representaciones rivales concierne a la vez a la historia —o a la protohistoria— y a la teología, ya que corresponde a estas disciplinas dar cuenta, cada una en lo que le es propio, de esta diversificación del discurso. En efecto, es importante tratar de entender por qué razones no obtenemos una respuesta única cuando preguntamos a la Biblia por el relato del pasado de Israel.

Aunque el estudio muestra que esta representación no es homogénea, se debe concluir de ello que es el resultado de un compromiso difícilmente obtenido, según toda verosimilitud, a partir de constituyentes a veces exclusivos los unos de los otros. Para llegar al texto que conocemos, Israel necesitó potentes catalizadores que debemos aprender a descubrir y que corresponde identificar y estudiar, en la parte que le toca, al historiador.

Poner de relieve los procesos que concluyen en la representación bíblica de los orígenes de Israel y de su período preexílico es una operación positiva y necesaria cuyo interés no escapa a nadie. A decir verdad, ésta es una de las tareas esenciales que la historia debe asumir en el terreno bíblico. Los ejemplos muestran que hacer historia de la historia es siempre beneficioso, porque mantenemos vínculos con el pasado. En la Biblia, estos vínculos son evidentes, ya que el discurso sobre la identidad de Israel, en su núcleo más confesional, implica el relato del pasado. Ahora bien, este relato tiene él mismo una historia, ya que pertenece a la historia. Esta historia lleva incluso otro nombre, más teológico: el de tradición. Por tanto, la disciplina histórica no puede eliminar este punto de su «pliego de condiciones» sin correr el riesgo de incurrir en el reproche, que estaría entonces perfectamente justificado, de no asumir un servicio que responde precisamente a su única competencia.

Por otra parte, podemos preguntarnos sobre lo que sucede en relación con la Biblia cuando la aproximación histórica a los datos bíblicos se descuida o es ignorada. ¿Quién se encarga entonces de las preguntas que plantea el discurso mantenido por Israel sobre su pasado? ¿Cómo son tratadas estas preguntas? Los intereses ideológicos o confesionales corren el riesgo entonces de revelarse como muy malos guías en este terreno y, desgraciadamente, los ejemplos no faltan (sobre Jericó y el Sináí, cf. J. BRIEND, «Histoire, historicisme et révélation», Actes du Colloque de la Section A, *Faire de l'histoire en théologie*, Revue de l'ICP n. 24 [1987] 15-18).

Historia, exégesis y teología

Todo esto muestra que deben mantenerse, tomarse en consideración o restablecerse las conexiones necesarias entre historia, exégesis y teología. En la práctica, cada una de estas

disciplinas está expuesta al riesgo del compartimento estanco. En su documento de 1993 dedicado a la *Interpretación de la Biblia en la Iglesia* (PPC, Madrid 2001), la Pontificia Comisión Bíblica desea que se establezca la interdisciplinariedad en el seno mismo de la exégesis, así como «relaciones de diálogo () entre la exégesis y las otras disciplinas teológicas, en el mutuo respeto de su especificidad» (*ibid*, 104). No podemos más que asentir a estas recomendaciones.

En una Facultad de Teología, la historia de Israel es una especialidad que requiere a la vez una práctica de historiador y otra exegética. Además de tomar en cuenta el pasado como tal, que caracteriza el trabajo del historiador, el especialista debe asumir igualmente todas las preguntas planteadas por las relaciones mantenidas por los textos bíblicos con el pasado. Pues la confrontación de datos bíblicos con los extrabíblicos y el estudio de las divergencias internas en la Biblia en materia historiográfica no concurren sólo a un mejor conocimiento del pasado, sino a un mejor acercamiento al sentido de los textos. Al término de su investigación, el historiador está en condiciones de apreciar el arraigo de los documentos que trata como fuentes en una tradición en la que el objetivo sobrepasa la simple representación del pasado. Aunque alcance aquí el límite de su ámbito, no por ello deja de constatar la apertura del campo de la investigación que corresponde explorar a la exégesis y a la teología, disciplinas éstas que no deben olvidar el carácter histórico de la documentación de la que se ocupan. Así pues, es recomendable que exista un diálogo.

Uno de los problemas más importantes a los que se enfrenta el historiador de Israel en el marco de una Facultad de Teología es el de la veracidad del texto bíblico. En efecto, el tratamiento crítico del texto está abocado a la evidencia de discordancias entre la documentación escrituraria y la realidad de un pasado conocido por sus huellas. Las discordancias ya señaladas entre diferentes tradiciones bíblicas plantean igualmente, aunque bajo un ángulo diferente, el mismo problema. La frecuente presencia en la Biblia de «escenas sin testigos», muchas veces determinantes por su contenido teológico, pero que escapan, por su mismo estatuto, a cualquier investigación directa propiamente histórica, ocasiona interminables malentendidos. De manera manifiesta, el estudio de los géneros literarios recomendado desde *Divino Afflante Spiritu* (1943) y la apreciación

de formas muy diferentes, según las cuales «la verdad se propone y se expresa en diversos textos históricos», recomendada por *Dei Verbum* n.º 21 (1965), no parecen dar los frutos esperados.

Algunos minimizan la cuestión crítica, la consideran secundaria o completamente superada. Otros no dudan en cuestionar el carácter sospechoso y destructivo de la exégesis histórico-crítica. A este respecto, el documento de la Pontificia Comisión Bíblica recuerda oportunamente la estima en la que se debe tener este método para un trabajo exegético digno de su objeto (*Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, pp. 33-39).

El historiador de Israel que enseña en una Facultad de Teología puede preguntarse si, sin querer zafarse por tanto de sus responsabilidades frente al texto bíblico, debe incumbirle a él solo la tarea de soportar el conjunto de la cuestión hermenéutica cada vez que una perícopa es históricamente dificultosa. Esto indica de manera manifiesta una laguna que nos corresponde llenar. Tenemos la ocasión de observar que las reacciones y las preguntas de los estudiantes versan muy frecuentemente sobre los problemas hermenéuticos planteados por el tratamiento crítico del texto y el carácter corrosivo de las conclusiones que se imponen al historiador cuando se oponen a la letra del texto. Por el contrario, el enseñante puede preguntarse si la importancia y la especificidad del trabajo propiamente histórico requerido por la naturaleza del texto bíblico y sus relaciones con el pasado son suficientes y si son realmente tomados en cuenta por los estudiantes.

En los límites de su disciplina, el historiador difícilmente puede hacer más que llegar a reconocer los procedimientos historiográficos que encuentra en la documentación y, en el mejor de los casos, precisar su funcionamiento en la representación del pasado. Se puede llegar así a una evaluación positiva, negativa o reservada en cuanto a la realidad del pasado así representado, al mismo tiempo que capta esta representación como una operación por sí misma situada históricamente, con todo lo que ésta conlleva como fenómenos consiguientes a la integración en una tradición: relectura, actualización y reconfiguración de los datos anteriores en un conjunto más amplio.

Las dificultades son particularmente sensibles en el estudio de los orígenes de Israel, que, por razones metodológicas, algunos historiadores excluyen del campo de la historia. Está

como esté de bien fundamentada esta postura y sean cuales sean las dificultades planteadas por la documentación bíblica relativa a este período, no podríamos obviarlo en una Facultad de Teología. Aunque no contribuyera más que a poner en evidencia el carácter retrospectivo y plural de la documentación contenida en el conjunto que va del Génesis a Josué, el estudio de este período no habrá sido en vano. Aunque el acopio de acontecimientos se revela siempre muy escaso, al menos habrá señalado de paso el anclaje ciertamente antiguo de algunas tradiciones, las cuales descansan siempre, de alguna manera, sobre lo que ha sucedido realmente, incluso aunque la impresión que dan muestra más bien «la memoria clara de un pasado borroso».

Pero fuera de los «puntos calientes» bien conocidos de la historia bíblica, para los cuales, a falta de datos exteriores, «*we continue to read the biblical tradition in faith - as through a glass darkly* [de hecho, continuamos leyendo la tradición bíblica como a través de un cristal opaco]», por citar unas palabras de T. L. THOMPSON («Text, context...», 92), la actualidad científica se encarga de conducir al historiador de Israel a sus tareas esenciales.

El muy reciente descubrimiento (21 de julio de 1993) en Dan de una pequeña estela de basalto que lleva una inscripción aramea fechada en torno al 850 a.C., en la que aparece el testimonio extrabíblico más antiguo de la «casa de David», obligará ciertamente a historiadores y exégetas a reconsiderar el estudio de varios capítulos de los libros de los Reyes. Este ejemplo muestra que, en una Facultad de Teología, la preocupación por la historia no puede ser únicamente la del historiador. Por el contrario, el historiador de Israel no debe su legitimidad más que a título de defensor de una concepción no fundamentalista del recurso al texto bíblico. El establecimiento del pasado, que es su ámbito propio, importa tanto a los exégetas

como a los teólogos, pues no está libre de repercusiones en la lectura de la Biblia.

Conclusión

Aunque, para el creyente, la única historia de Israel que importa está ya escrita en la Biblia, queda al historiador, al exégeta y al teólogo explicar por qué este enredo entre representaciones irreductibles las unas a las otras fue sin embargo llevado a cabo y mantenido, confirmando así al esquema lineal que se inicia con Abrahán, se sigue con Moisés, David, Esdras y Nehemías, su estatuto original de historia santa. Pues, en este caso, la convicción teológica es productora de historiografía. Dicho de otra manera, significa que el estudio de la historia de Israel no es más que una simple operación histórica, pero que concierne igualmente a la teología de la revelación, a la eclesiología y a la historia de la salvación.

Historia y teología corren el riesgo de divergir en sus propios objetivos a partir del estudio de un mismo objeto. Pero el historiador y el teólogo en principio deberían no tener nada que temer del diálogo que pueden entablar, a condición de que el historiador sepa reconocer científicamente la especificidad del objeto confesional que somete a su crítica y que el teólogo no olvide, por su parte, que la confesión de la fe es un relato plural y de comunión sometido a las contingencias de las mediaciones históricas.

A las naciones convocadas en la montaña de YHWH, en Is 2,1-5 se les anuncia la reconversión de su material militar en material agrícola. ¿Por qué las disciplinas convocadas por la Biblia tendrían que contentarse durante mucho más tiempo con la transformación de sus instrumentos de labor en hachas de guerra?

Contenido

Después de un *Cuaderno sobre Los orígenes de Israel* (n. 99) en el que se repasaba la situación de los conocimientos históricos sobre los períodos antiguos de Israel (los Patriarcas, el Éxodo y los Jueces), aquí tenemos la continuación de este recorrido histórico que abarca todo el período monárquico, desde Saúl y David hasta el Exilio. Siguiendo su método, Damien Noël —que enseña historia de Israel en el Instituto Católico de París— lee los textos bíblicos como historiador: los compara entre sí y, sobre todo, los confronta con los datos históricos más recientes y más seguros. De esta manera, situados en su verdadero contexto, los textos pueden ser mejor comprendidos. En su momento verá la luz un tercer *Cuaderno* para presentar el final de la historia bíblica de Israel desde el regreso del Exilio hasta la era cristiana.

Introducción	5	3. El reino de Judá (716-587)	46
1. Los primeros reyes: Saúl, David y Salomón	7	Ezequías y la invasión asiria (716-698)	46
Saúl, un rey maldito	8	Los reyes impíos (697-640).....	49
David, un rey que viene del sur.....	13	Una excepción: Josías (640-609)	51
Salomón, un triunfo discutido	21	El final del reino de Judá (609-587)...	52
El final de un sueño: el «cisma».....	27	Cronología de los reyes	6
2. Los reinos de Israel y de Judá (siglos x-viii)	28	Mapa de Israel y Judá.....	34
Los dos reinos, del 933 al 841	28	Para continuar el estudio	57
Israel, frente a Damasco y Asiria (841-780)	33	Índice de nombres de personas.....	59
Renacimiento de Israel y de Judá en el siglo viii.....	37	La enseñanza de la historia de Israel en una Facultad de Teología (D. Noël)	61
El fin del reino de Israel (747-722) ...	40		